5041

Gabriel d'Annunzio

# La Gioconda

Tragedia en cuatro actos

Traducción de VILLAESPESA

E. ROIG PLANAS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

14

# LA GIOCONDA

E. ROIG PLANAS

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45 — BARCELONA

# LA GIOCONDA

TRAGEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

GABRIEL D'ANNUNZIO

TRADUCCION DE

**FRANCISCO VILLAESPESA**

---

*Cosa bella mortal pasa, e non d'arte.*

LEONARDO DA VINCI

E. ROIG PLANAS

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21, Calle de San Pablo, 21

1915

Para ELEONORA DUSE
la de las bellas manos

E. ROIG PLANAS

# DRAMATIS PERSONAE

LUCIO SETTALA

LORENZO GADDI

COSME DALBO

SILVIA SETTALA

FRANCISCA DONI

GIOCONDA DIANTI

LA NIÑA BEATA

LA SIRENETTA

*En Florencia y en la marina de Pisa.*
*En nuestro tiempo.*

# E. ROIG PLANAS

# ACTO PRIMERO

Una estancia cuadrada y quieta, donde la disposición de todas las cosas revela la persecución de una armonía singular, e indica el secreto de una correspondencia profunda entre las líneas visibles y la cualidad del ánima habitadora que las ha escogido y las ama. Todo parece ordenado por las manos de una gracia pensativa. La imagen de una vida dulce y recogida emana del aspecto del lugar. Dos grandes ventanas hay abiertas sobre un jardín; por el hueco de una, se alza sobre el campo sereno del cielo la colina de San Miniato, y el convento y la iglesia de la Cronoca, la «Bella Villanella», el más puro vaso de la sencillez franciscana. Una puerta lleva a los departamentos interiores y otra da a la salida. Empieza la tarde. Por entrambas ventanas entran la lumbre, el aliento y la melodía de abril.

## ESCENA PRIMERA

Aparecen sobre el umbral de la primera puerta SILVIA SETTALA y LORENZO GADDI, el viejo, avanzando uno al lado del otro, entrando juntos en la frescura primaveral.

SILVIA ¡Bendita sea la vida! Por haber tenido siempre encendida una esperanza, hoy puedo bendecir la vida.

LORENZO ¡La vida nueva, cara Silvia, buena criatura valerosa, tan buena como fuerte! La tempestad ha pasado. Lucio retorna a usted lleno de reconocimiento y de ternura, después de tanto mal. Parece que renace. Antes tenía los ojos de un niño.

SILVIA El recupera siempre su bondad cuando usted está a su lado. Al llamaros maes-

678198

tro, su voz se hace tan afectuosa que vuestro gran corazón paterno debe palpitar.

LORENZO Antes tenía los mismos ojos que cuando vino a buscarme por primera vez y yo le puse la greda entre las manos. Sus ojos eran atónitos y dulces; mas al final de aquel tiempo su pulgar era enérgico y revelador. Conservo su primer esbozo. Pensé ofrecéroslo, como un don, el día de vuestros esponsales. Os lo daré como augurio de la nueva felicidad.

SILVIA Gracias, maestro.

LORENZO Es una cabeza de mujer coronada de laurel. Recuerdo: había allá una pequeña modelo mediocre. Laborando, él la miraba de soslayo. A veces parecía absorto y a veces ansioso. Salió de sus manos una especie de máscara confusa, en la cual ya se entreveía no sé qué lineamiento heroico. Permaneció durante algunos minutos perplejo y descorazonado, y casi vergonzoso delante de su obra, no osando volverse a mí. Mas súbitamente, antes de abandonarla, con unos cuantos toques ciñó en torno de la cabeza una corona de laurel. ¡Aquel rapto me agradó! Él quiso coronar en el barro su sueño inexpreso. El fin de su jornada fué un acto de orgullo y de fe. La amé desde aquel instante por aquella corona. Os daré el boceto. Mirándolo con atención, sabréis, quizás, adivinar aquel rostro ardiente de Safo, aquella figura ideal que algunos años después él supo conducir a la perfección de una obra maestra.

SILVIA (Que escucha ávidamente.) ¡Sentaos, sentaos, maestro! ¡Permaneced aquí otro poco, yo os lo ruego! ¡Sentáos aquí, junto a la ventana! ¡Deteneos aun unos cuantos minutos! Tengo millares de cosas que contaros y no sabré decir una sola. Qui-

siera vencer este temblor continuo que me agita... Necesito comprender...

LORENZO ¿La alegría os hace temblar? (El se sienta junto a la ventana. Silvia, apoyada la cintura en el alfeizar, permanece vuelta hacia él; y su rostro campea en el aire cerúleo donde se eleva la bella colina religiosa.)

SILVIA No sé si es la alegría... A veces todo aquello que fué, todo el mal, todo el dolor, y la sangre y las cicatrices, todo se dilata, desaparece, perdiéndose en el olvido, en la nada... Otras, todo aquello que fué, todo el horrible peso de la memoria, se adensa, se agrava, se hace compacto y opaco y duro como una muralla, como una roca, que yo no debo levantar jamás... Antes, cuando hablábais, cuando me ofrecíais aquel don inesperado, pensaba: «¡Yo cogeré entre mis manos aquel pedazo de greda donde él arrojó la primera simiente de su dueño como en una zona fecunda; lo cogeré entre mis manos; andaré hacia él sonriendo, llevándole intacta la parte mejor de su alma y de su vida, y no hablaré, y el reconocerá en mí el custodio de todo su bien, y nunca más querrá alejarse de mi lado, y nosotros seremos jóvenes aún, seremos jóvenes aún!» Así pensaba, y el pensamiento y el acto se confundían con una facilidad increíble. Vuestras palabras transfiguraban el mundo... Después, un soplo pasa, un hálito, el más tenue aliento, un nada, y disipa todas las cosas y destruye todas las ilusiones, y la ansiedad retorna, y el temor y el estremecimiento... ¡Oh, abrir! (Súbitamente se vuelve hacia la luz, en un largo suspiro.) ¡Cómo turba este aire, tan puro y tan límpido! Todas las esperanzas y todas las desesperaciones pasan en el viento con el polvo de las

flores. (Ella se inclina sobre el alfeizar, llamando.) ¡Beata! ¡Beata!

LORENZO ¿La pequeña está en el jardín?

SILVIA Miradla allá, corriendo entre los rosales. Está loca de alegría. ¡Beata! Se ha escondido detrás de un vallado, y se ríe... ¿La oís reir? ¡Ah!, cuando ella ríe yo conozco la alegría de las flores que se llenan de rocío hasta los bordes del cáliz. Así su risa fresca me colma el corazón.

LORENZO Lucio también debe oirla y eso le consolará.

SILVIA (Grave y temblorosa, inclinándose hacia el maestro y cogiéndole una mano.) ¿Usted cree que él se ha curado verdaderamente de toda plaga, que vuelve a mí con toda su alma? ¿Habéis sentido esto, viéndole, hablándole? ¿Qué os dice el corazón?

LORENZO Antes me pareció que tenía el aspecto de un hombre que recomienza a vivir con un sentido nuevo de vida. Aquel que ha visto el rostro de la muerte no ha podido dejar de ver, aunque fuese en un relámpago, el rostro de la verdad. Sus ojos se han desvendado. El os reconoce enteramente.

SILVIA Maestro, maestro, si os engañaseis, si la esperanza fuese vana, ¡qué sería de mí? He consumido todas las fuerzas.

LORENZO ¿Y qué teméis ahora?

SILVIA El ha querido morir; mas la *otra*... la otra vive, y yo sé que es implacable.

LORENZO ¿Y qué podría ella ahora?

SILVIA Todo lo podría, si fuese aún amada.

LORENZO ¿Amada aún? ¿Aún tras la muerte?

SILVIA ¡Aún tras la muerte! ¡Ah, comprended mi angustia! Por ella Lucio ha querido morir en una hora de delirio y de furor. Pensad cuánto debe amarla, cuando ni el recuerdo mío, cuando ni el recuerdo de Beata, pudieron detenerle. El era en-

tonces, en aquella hora terrible, enteramente suyo, su presa; ella era lo más culminante de su fiebre y de su espasmo. ¡El resto del mundo había desaparecido! ¡Pensad cuánto debía amarla! (La voz de la mujer es baja, pero lacerante. El viejo inclina la cabeza.) Ahora, ¿quién puede decir lo que ha pasado en él, después del golpe, cuando el vacío de la muerte ha cruzado sobre su alma? ¿Se ha despertado *inmemore*? ¿Ve un abismo entre su vida que se renueva y la parte de sí que se ha quedado más allá de aquel vacío? O bien, o bien..., ¿la imagen ha vuelto a surgir del profundo, y permanece sobre la sombra para siempre, dominadora, con un relieve indestructible? ¡Decid! ¡Decid!

LORENZO (Perplejo.) ¿Quién puede decir?

SILVIA ¡Ah! ¡Ni usted mismo osa consolarme! ¿Conque es así? ¿No hay remedio?

LORENZO (Cogiéndole las manos.) ¡No, no, Silvia! Yo entendía... ¿Quién puede decir las mudanzas que a una naturaleza como la suya pudo llevar una fuerza tan misteriosa? Todo anuncia en él la aparición de un nuevo bien. Mirarlo cuando sonríe. Antes, allá, al alejaros para acompañarme, cuando os besó estas queridas manos, ¿no habéis sentido que todo su corazón se estrujaba de ternura y de humildad?

SILVIA (Encendido el rostro de una tenue llama.) Sí, es verdad.

LORENZO (Mirándole las manos.) ¡Queridas, queridas manos, valerosas y bellas, seguras y bellas! Son de una extraordinaria belleza vuestras manos, Silvia. Tantas veces el dolor os las ha hecho cruzar, que las ha sublimado, dándoles la perfección suprema. Son perfectas. ¿Recordáis la dama del Verrocchio, la dama del ramillete,

aquella de los cabellos en racimos? ¡Ah! ¡Está allá! (A la sonrisa y a la mirada de Silvia, se vuelve y contempla una copia del busto que hay colocada en un pequeño armario, en un ángulo de la estancia.) ¡Habíais ya reconocido el parentesco! Aquellas dos manos parecen consanguíneas de las vuestras, son de la misma esencia. Viven ¿es verdad? de una vida tan luminosa, que el resto de la figura parece obscurecido.

SILVIA (Sonriendo.) ¡Oh, alma siempre joven!

LORENZO Cuando Lucio reemprenda su trabajo, debe el primer día modelar vuestras manos. Yo tengo un pedazo de mármol antiguo encontrado en los Huertos Oricellari. Os lo daré para que las esculpa en él y después las cuelgue como un *ex-voto*.

SILVIA (A quien pasa una sombra por la frente.) ¿Creéis que volverá pronto a su labor? ¿Lo desea? ¿Os ha hablado?

LORENZO Sí, antes, cuando usted no estaba allá.

SILVIA ¿Qué os decía?

LORENZO Cosas vagas y deliciosas; imaginaciones de convaleciente. Lo conozco. Yo también he estado enfermo. Ora, le parece haber olvidado su arte, vivir extraño a la belleza. Y a veces cree que sus pulgares han adquirido una virtud mágica y que al más sencillo toque las formas deben surgir del barro con la facilidad de los sueños... Siente inquietud por el abandono en que cree se halla su estudio, lejano, sobre el Mugnone. Me ha rogado que vaya a verle... ¿Tenéis la llave?

SILVIA La tiene el conserje.

LORENZO ¿Desde cuándo no habéis estado allá?

SILVIA Desde que *la cosa* comenzó... Ni aun ahora tendría corazón para volver. Creo que vería por todas partes las manchas de sangre y encontraría en todo los ras-

tros de ella. ¡Ella es aún la dueña allá! Aquel lugar es aún su dominio.

LORENZO El dominio de una estatua.

SILVIA No, no... ¿No sabéis que una llave ha permanecido en sus manos? Ella entra aún allá, como dueña... ¡Ah, os lo he dicho, os lo he dicho: ella vive y es implacable!

LORENZO ¿Estáis segura de que ha vuelto allá después de lo acaecido?

SILVIA Estoy segura. Su audacia no reconoce límites. No tiene ni piedad ni vergüenza.

LORENZO Y Lucio, ¿lo sabe?

SILVIA No lo sabe. Mas lo sabrá, tarde o temprano. Ella encontrará el modo de que él lo sepa.

LORENZO Mas ¿por qué?

SILVIA Porque ella es implacable; porque no renuncia a su presa. (Una pausa. El viejo se queda pensativo. La voz de Silvia se torna temblorosa y ronca.) Y la estatua... La Sfinge... ¿la habéis visto?

LORENZO (Después de una corta vacilación.) Sí, la he visto.

SILVIA ¿Os la mostró él?

LORENZO Sí; un día del octubre pasado. La había acabado entonces. (Una pausa.)

SILVIA (Con voz que le tiembla y a veces le falta.) Es maravillosa, ¿verdad?... ¡Decid!

LORENZO Sí; es bellísima.

SILVIA ¡Para la eternidad! (Una pausa llena de miles de cosas indefinidas y todavía inevitables.)

LA VOZ DE BEATA (Desde el fondo del jardín.) ¡Mamá! ¡Mamá!

LORENZO La pequeña os llama.

SILVIA (Inclinándose de bruces en el alfeizar.) ¡Beata! ¡Ah!... Mi hermana Francisca atraviesa el jardín. Viene con ella Cosme Dalbo. ¿Sabéis? Cosme ha regresado de El Cairo, arribando ayer tarde a Florencia. Lucio se alegrará mucho al verlo.

LORENZÓ (Levantándose para partir.) ¡Adiós, cara Silvia! Hasta mañana.

SILVIA ¡Permaneced aún un poco! Mi hermana querrá veros.

LORENZO Preciso marcharme. Es ya tarde.

SILVIA ¿Cuándo tendré el regalo que me habéis prometido?

LORENZO Quizás mañana.

SILVIA ¡Sin quizás, sin quizás! Lo espero. Es necesario que vengáis aquí todos los días. ¡No me abandonéis! Confío en usted. ¡Recordad que una amenaza pende aún sobre mi cabeza!

LORENZO No temer. ¡Alzar a la esperanza el corazón!

SILVIA (Volviéndose a la puerta.) Aquí está Francisca.

## ESCENA II

Entra FRANCISCA DONI y corre hacia la hermana a abrazarla, mientras COSME DALBO saluda a Lorenzo Gaddi, que está para salir.

FRANCIS. ¿No ves a quien te traigo? Nos hemos encontrado delante de la cancela. Salud, maestro. ¿Cómo, os marcháis cuando yo entro? (Saluda al viejo.)

SILVIA (Tendiéndole la mano al joven, cordialmente.) Bien llegado, Dalbo. Os esperábamos. Lucio está impaciente por volver a veros.

COSME (Con solicitud afectuosa.) ¿Cómo está? ¿Se ha levantado? ¿Está ya restablecido?

SILVIA En plena convalecencia: un poco débil aún; mas de día en día va reconquistando sus fuerzas. La herida está enteramente cerrada. Lo veréis ahora mismo. Será una gran alegría para él. Me ha preguntado por vos muchas veces esta mañana. Está impaciente. (Se vuelve a Lorenzo Gaddi. Sale con un paso vivo y ligero. La hermana, el maestro y el amigo la siguen con los ojos hasta el umbral.)

FRANCIS. (Con una sonrisa cariñosa.) ¡Pobre Silvia! Parece, desde hace algunos días, que tiene alas. Cuando la miro en ciertos momentos, creo que está para levantar el vuelo hacia la felicidad. Y ninguna más digna que ella de ser feliz, ¿no es verdad, maestro? Vos la conocéis.

LORENZO Cierto. Ella es tal como vuestros ojos de hermana la ven. Salió alada de su martirio. Hay en ella una especie de estremecimiento incesante. Lo sentía antes, mientras estaba a su lado. Vive verdaderamente en estado de gracia. No hay altura a la que ella no pueda ascender. Lucio tiene en sus manos una vida de llama, una fuerza infinita.

FXANCIS. ¿Habéis estado mucho tiempo con él, hoy?

LORENZO Sí; una hora.

FRANCIS. ¿Cómo le hallasteis?

LORENZO Desbordante de hermosura y de esperanza. Vos lo veréis pronto, Dalbo. Su sensibilidad es peligrosa. Las personas que le aman pueden hacerle mucho bien y mucho mal. Una palabra le agita y le descompone. Tened cuidado con vuestras palabras, ya que le amáis. Hasta otra vista. Tengo precisión de marchar. (Se despide de las dos, para salir.)

FRANCIS. ¡Hasta la vista, maestro! Mañana nos veremos aquí. ¡Tenéis horror de mis escaleras! (Acompaña al viejo hasta la puerta, y después torna junto al amigo.) ¡Qué foco de inteligencia y de bondad en ese viejo! Cuando él entra en una estancia, parece que trae un consuelo para todos. Quien está triste se alivia y quien es feliz se exalta.

COSME Es un animador; pertenece a la más noble casta de los hombres. Su obra es una continua exaltación de la vida: es el constante esfuerzo de comunicar una chispa de luz, tanto a sus estatuas como

a los seres que encuentra en su camino. Lorenzo Gaddi me parece digno de una gloria más alta que aquella que le han concedido sus contemporáneos.

FRANCIS. ¡Es verdad, es verdad! ¡Si supierais de qué energía y de qué delicadeza ha dado pruebas en esta horrible desventura! Cuando la cosa ocurrió mi hermana no estaba aquí: había ido a ver a nuestra madre a Pisa, con Beata. La escena pasó en el estudio, allá, sobre Mugnone, casi al atardecer. Solamente el conserje oyó el disparo. Cuando hubo descubierto la verdad, por instinto corrió a advertir a Lorenzo Gaddi antes que a nadie. En la angustia y en el horror de aquella tarde de invierno, entre la confusión y la incertidumbre, él jamás perdió el ánimo ni tuvo el menor instante de vacilación. Conservó siempre una extraña lucidez, por la cual todos fuímos dominados. Sólo él disponía; nosotros obedecíamos. El ordenó transportar al pobre Luis, moribundo, a esta casa. Los médicos desesperaban de su salvación. El solo repetía, con una fe obstinada: «No, no morirá, no morirá; no puede morir.» Yo le creí. ¡Ah, qué noche heroica, Dalbo! Y después la llegada de Silvia, el anuncio que él mismo le dió, la prohibición que le hizo de entrar en la estancia, donde un soplo podía apagar aquel rescoldo de vida; y la fuerza de él, la increíble resistencia para la vigilia y el reposo durante semanas enteras, la vigilancia fiera y silenciosa con la cual ella custodiaba el umbral como para impedir el paso a la muerte...

COSME ¡Y yo, lejos, ignorante de todo, balanceándome ociosamente en una barca sobre el Nilo! Sin embargo, una especie de presentimiento me asaltó antes de partir. Recuerdo que intenté por todos los me-

dios convencer a Lucio para que me acompañase en el viaje que habíamos, en otros tiempos, soñado juntos. El había acabado por aquellos días su estatua, y yo pensaba que aquel mármol estupendo fuese su liberación. Me respondió: «¡No, aún!» Y algunos meses después debía buscarla en la muerte. ¡Ah, si yo no hubiese partido, si hubiese permanecido a su lado, si hubiese sido más fiel, si hubiese sabido defenderlo contra la enemiga, nada habría ocurrido!

FRANCIS. No es preciso atormentarse, ya que de tanto mal puede venir algún bien. ¡Dios sabe en qué desesperada tristeza mi hermana se habría consumido, si la acción violenta no la hubiese reunido a Lucio de improviso! Mas no creáis que la enemiga ha depuesto las armas. Ella no abandona el campo...

COSME ¿Qué? Gioconda Dianti...

FRANCIS. (Haciendo el signo del silencio y bajando la voz.) ¡No pronunciar ese nombre!

## ESCENA III

Aparece sobre el umbral LUCIO SETTALA apoyado en el brazo de SILVIA, pálido y descarnado, con los ojos extraordinariamente engrandecidos por el sufrimiento, con una sonrisa tenue y dulce que afina su boca voluptuosa.

LUCIO ¡Cosme!

COSME (Volviéndose, presuroso.) ¡Oh, Lucio, querido amigo! (Estrecha al convaleciente entre sus brazos, mientras Silvia se separa, se acerca a la hermana y sale con ella lentamente, deteniéndose a mirar al amado antes de desaparecer.) Ya estás curado, ¿no es verdad? Ya no sufres. Te encuentro un poco pálido, algo demacrado, mas no mucho. Tienes el aire que adquirías ciertas veces al salir de un período de labor febril,

cuando permanecías doce horas al día delante de tu barro, devorado por la gran llama. ¿Te acuerdas?

LUCIO (Desvanecido, girando la mirada por ver si Silvia está aún en la estancia.) Sí; sí...

COSME Entonces también tus ojos se agrandaban.

LUCIO (Con un inquietud indefinible, casi infantil.) ¿Y Silvia? ¿Dónde está Silvia? ¿No andaba aquí con Francisca?

COSME Nos han dejado solos.

LUCIO ¿Por qué? Ella cree, quizás... No, yo no te diré nada, yo no sé ya nada. Tú sabes quizás, yo no; ni recuerdo ni quiero recordar más... ¡Háblame de ti! ¡Háblame de ti! ¿Es bello el desierto? (Habla de una manera singular, como soñando, con una mezcla de agitación y de estupor.)

COSME Te diré. Mas necesito que no te fatigues. Te contaré toda mi peregrinación; vendré a verte todos los días, si quieres; te volveré a narrar cuanto te agrade, pero sin que tú te canses. Siéntate aquí...

LUCIO (Sonriendo.) ¿Tú crees que estoy tan débil?

COSME No; tú ya estás bien, mas es mejor que no te canses. Siéntate aquí... (Lo hace sentar junto a la ventana; mira la colina dibujada puramente sobre el cielo de abril.) ¡Ah, querido, cosas maravillosas han mirado mis ojos, y han bebido una luz que aun ésta, a su lado, parece muerta! Mas cuando vuelvo a contemplar una sencilla línea como aquella de allá, (Mira San Miniato.) me parece encontrarme a mí mismo después de un intervalo de horror. ¡Mira allá, la colina bendita! La pirámide de Chéope no hace olvidar la *Bella Villanella*, y más de una vez en los jardines de Koubbeh y de Gizeh, repletos de mieles, masticando un grano de resina, he pensado en un esbelto ciprés toscano en el límite de un obscuro olivar.

LUCIO (Entornando los ojos bajo el aliento primaveral.) Se está bien aquí, ¿es verdad? Hay un olor a violetas... ¿Ves tú algún ramo en la estancia? Silvia las mete por todas partes, aun debajo de mi almohada.

COSME ¿Sabes? Te he traído, entre las páginas de un Corán, violetas del desierto. Las he cogido en el jardín de un monasterio persa, vecino a la Tebaide, al lado de Mokattam, sobre una altura de arena. Allá, en una caverna cavada en el monte, cubierta de alfombras y cojines, los frailes ofrecen a los visitantes un te de un sabor especial, el te árabe perfumado de violetas.

LUCIO ¡Y tú me las has traído, enterradas en un libro! Eras feliz cuando las cogías allá, y yo pude haberlo sido también contigo.

COSME Todo era olvido allí. Salía por una larga escalera de piedra derecha, que conduce desde el pie de la montaña a la puerta de Bectaschiti. El desierto se extendía en torno; una inmensa aridez alucinante, donde sólo vivían el palpitar del viento y el tremolar del calor. No se distinguían aquí y allá, entre las dunas, más que las piedras blancas de los cementerios árabes. Se oían los gritos de los gavilanes altísimos en el cielo. Miraba sobre el Nilo pasar los barcos de las grandes velas latinas, blancos, lentos, continuadamente, continuadamente como cae la nieve, y poco a poco me dominaba un éxtasis que tú aun no lo has podido conocer: el éxtasis de la luz.

LUCIO (Con voz que parece lejana.) ¡Yo he podido estar contigo! Vagar, olvidar, soñar, embriagarme de luz. Tú has navegado sobre el Nilo, ¿verdad?, en una vieja barca cargada de conchas y de dátiles. Tú has descendido en una isla al caer la tarde; tenías sed, te has aproximado a una

corriente, aplacándola ; has caminado con los pies desnudos sobre las flores, y el olor era tan fuerte que te parecía no tener hambre. ¡Ah, yo he pensado, yo he sentido estas cosas desde mi cabecera! Y aun por el desierto te seguía cuando la fiebre era más alta ; por un desierto de arenas rojas, todo sembrado de piedras brillantes, que se retorcían crepitantes como los sarmientos al fuego. (Una pausa. Se levanta un poco, interrogando con acento claro y los ojos abiertos.) ¿Y la Sfinge?

COSME La primer vez que la vi fué de noche, a la lumbre de las estrellas, hundida en la arena, que conservaba aún los vestigios de los últimos turbiones. Solamente la faz y la grupa emergían, confundiendo la forma humana y la bestial. La faz, donde la sombra ocultaba las mutilaciones, en aquella hora me pareció bellísima : calma, augusta y cerúlea como la noche casi mística. No hay, Lucio, ninguna cosa en el mundo más solitaria que aquélla ; mas mi alma estaba como delante de multitudes que durmiesen y sobre cuyos párpados cayera el rocío. La volví a ver, después, de día. La faz era bestial como la grupa ; la nariz y la garganta estaban corroídas. Era el pesado monstruo sin alas imaginado por los excavadores de sepulcros, por los embalsamadores de cadáveres. Y se me reapareció en el sol tu Sfinge imperiosa y pura que lleva las alas aprisionadas vivas en los homoplatos.

LUCIO (En una conmoción súbita.) ¿Mi estatua? ¿Tú hablas de mi estatua? Tú la viste, es verdad, antes de partir, y te pareció bella. (Mira inquieto hacia la puerta, temiendo que Silvia pueda oirle, y baja la voz.) Te pareció bella, ¿no es verdad?

COSME Bellísima. (Lucio se cubre los ojos con ambas ma-

nos, y queda por algunos instantes absorto como evocando una visión en la obscuridad.)

LUCIO (Descubriéndose.) No la veo más. Me huye. Aparece y desaparece como un relámpago, confusa. Si la tuviese ahora aquí, delante, me parecería nueva; lanzaría un grito. ¡Yo la he esculpido, sí, con estas manos! (Se mira las manos, afiladas y sensitivas. Una agitación creciente le invade.) No sé nada, no sé nada. En la primera fiebre, cuando tenía aún el plomo en la garganta y el vuelo de la muerte sobre el alma perdida, la veía derecha al pie del lecho, encendida como una torcia, como si yo mismo la hubiese plasmado en una materia incandescente. Así, durante muchos días y muchas noches, la vi a través de mis párpados. Se encendía con mi fiebre. Cuando mis pulsos ardían, ella era de llamas. Parecía que salía y rebullía en ella toda la sangre vertida a sus pies...

COSME (Inquieto, mirando a la puerta por el mismo temor.) ¡Lucio, Lucio, tú decías antes que no sabías ya nada, que no querías recordar más nada!... ¡Lucio! (Sacude dulcemente al amigo, que se ha quedado fijo.)

LUCIO (Reprimiéndose.) No temas. Todo está allá, lejano, en el fondo del mar. Aun esa estatua se ha sumergido con las otras cosas, después del naufragio. Por eso yo no la veo sino confusamente, a través de las altas aguas.

COSME Ella sola será salvada. Vivirá eternamente, y tanto dolor no se habrá sufrido en vano, tanto mal no habrá sido inútil, si ahora una cosa bella se agrega al ornamento de la vida.

LUCIO (Sonriendo aún con una sonrisa tenue, y hablando con voz lejana.) Es verdad. Yo pienso alguna vez en aquel que naufragó en una tempestad con todo su cargamento. En una jornada serena como hoy coge una bar-

ca y una red y torna al lugar del naufragio con la esperanza de extraer del fondo alguna cosa, Y, después de mucha fatiga, saca a la ribera una estatua. Y la estatua es tan bella, que al volver a verla llora de alegría, y se sienta en la ribera del mar a contemplarla, y se encuentra pagado por aquel bien y no quiere buscar otro, y «olvidó todo el resto». (Se levanta casi con ímpetu.) ¿Por qué no vuelve Silvia? (Escucha.) ¿Quién ríe? ¡Ah, es Beata en el jardín! ¡Mira! San Miniato es de oro: fulgura. ¿Es más gloria la luz de Thebas?

COSME ¡El éxtasis de la luz! Te lo he dicho: tú no podrás conocerlo aquí. Cercos, guirnaldas rotas, rosas de esplendor, innumerables chispas... Los versos del *Paraíso* vuelven a la memoria. Sólo Dante ha encontrado las palabras semejantes. En ciertas horas, el Nilo se convierte en corriente de topacios. Como una piedra tirada al agua, un gesto en el aire suscita miles y miles de ondas. Todas las cosas nadan en la luz; las hojas brillan. Las mujeres que pasan a lo largo del río, flamean como las milicias angélicas de la Cántica, distintas y vestidas «de fulgor y de arte». (Lucio, habiendo descubierto en una mesa el ramo de violetas, le coge y casi hunde en él su rostro para aspirar el perfume.)

LUCIO (Teniendo aún en las manos el ramo de violetas y entornando los ojos en la delicia del perfume.) ¿Son bellas, las mujeres del Nilo?

COSME Algunas: las adolescentes tienen el cuerpo de una pureza y de una elegancia estupendas. Tú, que prefieres las musculaturas ágiles y ligeras, una cierta acerbidad en las formas, las piernas largas y nerviosas, encontrarías allí modelos incomparables. ¡Cuántas veces te he invocado! En la isla Elefantina, tenía una

amiga de catorce años: una jovencita dorada como un dátil, delgada, esbelta, árida, con las caderas fuertes y en arco, los muslos potentes y derechos, las rodillas perfectas, cosa rarísima, como tú sabes. En aquella delgadez dura, que daba la imagen de un arma de acero precisa y fina, tres cosas me seducían con una gracia infinitamente suave: la boca, la sombra de las pestañas y la extremidad de los dedos. Ella se trenzaba los cabellos con los dedos, que eran rojos en los extremos como pétalos teñidos en púrpura; y mirarla en aquel acto, sobre el umbral de la casa blanca, era la alegría de mis mañanas. Hubiera querido traértela con las estatuillas, con los relicarios, con el tabaco, con los perfumes, con las estofas, con las armas. Mas te he traído un bello arco que se le asemeja un poco.

LUCIO (Con una leve turbación, inclinando un poco la cabeza.) ¡Debe ser una criatura deliciosa!

COSME Deliciosa e inofensiva. Ella semeja un bello arco, mas sus flechas no están envenenadas.

LUCIO ¿Tú la amabas?

COSME Como amo a mi caballo y a mi perro.

LUCIO Tú eras feliz allá; tu vida era fácil y ligera. Era, pues, la isla Elefantina aquella donde yo te vi arribar en sueños. ¡Habría podido estar contigo! Mas yo iré, yo iré. ¿No deseas volver? Yo tendré una casa blanca sobre el Nilo; haré mis estatuas con limo del río y las alzaré en aquella luz tuya, que las convertirá en oro... ¡Silvia! ¡Silvia! (Llama junto a la puerta, como asaltado de una impaciencia repentina, de una voluntad ansiosa de no morir.) ¿Será demasiado tarde?

COSME Es demasiado tarde. Se aproxima el estío.

LUCIO ¿Qué importa? Yo amo el estío, el calor, aun la asfixia. Todos los granados flore-

cerán en los jardines, y alguna vez lloverá y sentiremos suspirar de voluptuosidad la tierra bajo las largas gotas cálidas...

COSME Mas ¿el Khamsin?, cuando todo el desierto se levanta contra el Sol. (Silvia aparece en el umbral, sonriendo, toda ella movida de una sencilla animación. Ha mudado de traje. Viene vestida de un color más claro, primaveral, y trae en la mano un ramo de rosas frescas.)

SILVIA ¿Qué dice Dalbo contra el Sol? ¿Me has llamado, Lucio?

LUCIO (Presa de una especie de timidez inquieta, como la de un hombre que siente el deseo de abandonárse y no se atreve.) Sí, te he llamado. ¿Por qué tardabas tanto en volver?... ¡Cosme me contaba tantas bellas cosas de su viaje! Quería que tú las oyeses... (Mira a su mujer con ojos atónitos, como si descubriese en ella una gracia nueva.) ¿Ibas a salir?

SILVIA (Enrojeciendo un poco.) ¡Ah! Lo dices por mi traje... Me lo he puesto para probármelo delante de Francisca... Mi hermana os da sus excusas a los dos por haberse ido sin saludaros. Tenía prisa: la esperaban sus pequeñuelos. Pronto volveréis a verla, Dalbo. (Coloca sobre una mesa el ramo de rosas.) ¿Coméis con nosotros esta tarde?

COSME Gracias. Esta tarde no puedo. Mi madre me espera.

SILVIA Es justo. ¿Mañana, entonces?

COSME Mañana. Te traeré, Lucio, mis regalos.

LUCIO (Con una curiosidad infantil.) ¡Sí, tráelos, tráelos!

SILVIA (Sonriendo con un aire misterioso.) Yo también, mañana, tendré un regalo.

LUCIO ¿De quién?

SILVIA Del maestro.

LUCIO ¿Qué regalo?

SILVIA Ya verás.

LUCIO (Con un movimiento de alegría.) Tú también verás cuántas bellas cosas me ha traído

Cosme: estofas, perfumes, armas, relicarios...

COSME Amuletos contra todos los males, talismanes para la felicidad. Sobre el Gebelel-Tair, en un convento copto, he encontrado el más virtuoso de los amuletos. Un monje me narró la larga historia de un cenobita que, en tiempos de las primeras persecuciones, habiéndose refugiado en un hipogeo, encontró una momia, y sacándola fuera de su envoltorio de bálsamos, la reanimó. Y la momia resucitada, con sus labios pintados, le contó su antigua vida, un verdadero tejido de felicidad. En fin, como el cenobita quería convertirla, ella prefirió envolverse de nuevo en sus bálsamos, mas antes le regaló el amuleto preservador. Deciros el uso que de él hizo el cenobita y las vicisitudes por las cuales, a través de los siglos, llegó a manos del buen copto, sería demasiado largo. Ciertamente no hay en el Egipto otro mas virtuoso. Miradlo: os lo ofrezco; os lo ofrezco a ambos. (El presenta el amuleto a Silvia, que lo observa atentamente y después se lo ofrece a Lucio.)

SILVIA ¡Qué azul! Es más espléndido que una turquesa. Mira.

COSME El copto dijo: «Pequeño como una gema, grande como un destino.» (Lucio coloca la piedra mística entre los dedos, que le tiemblan un poco.) Y adiós, hasta mañana. ¡Buenas tardes!

SILVIA (Cogiendo del ramo una rosa y ofreciéndosela.) Tomar una rosa fresca en cambio del amuleto. Llevársela a vuestra madre.

COSME Gracias. Hasta mañana. (Renueva los saludos y sale.)

## ESCENA IV

LUCIO SETTALA sonríe con timidez, jugando con el amuleto entre los dedos, mientras SILVIA coloca el ramo de rosas en una copa. Ambos en el silencio, sienten palpitar sus corazones ansiosos. El sol declinante dora la estancia. Por el hueco de las ventanas aparece el cielo empalidecido. San Miniato, esplendente sobre la altura; el aire es suave y dulce.

LUCIO (Mirando al aire, en acecho, con voz baja.) Hay una abeja en la estancia.

SILVIA (Levantando el rostro.) ¿Una abeja?

LUCIO Sí, ¿no sientes? (Ambos tienden el oído al murmullo.)

SILVIA Es verdad.

LUCIO La has traído tú con las rosas.

SILVIA Éstas las ha cogido Beata...

LUCIO La he sentido reir, antes, allá en el jardín.

SILVIA ¡Está contentísima por haber regresado a su casa!

LUCIO Fué un bien alejarla entonces...

SILVIA Se ha puesto más bella y más fuerte, respirando el olor de los pinos. ¡Qué bella debe ser la primavera en la Boca de Arno! ¿Desearías ir allá?

LUCIO Allá... Al mar... ¿Te agradaría? (Sus voces son alteradas por un breve temblor.)

SILVIA Pasar allí una primavera fué siempre mi sueño.

LUCIO (Sofocado por la emoción.) Y tu sueño es el mío, Silvia. (El amuleto se le cae de las manos.)

SILVIA (Inclinándose vivamente a cogerlo.) ¡Ah, lo has dejado caer! Es un mal presagio... Mira. ¡Lo pondré en la cabeza de Beata! «¡Pequeño como una gema, grande como un destino!» (Coloca el amuleto delicadamente sobre las flores.)

LUCIO (Tendiendo las manos hacia ella, como implorando.) ¡Silvia! ¡Silvia!

SILVIA ¿Te sientes mal? Te has puesto más páli-

do... ¡Ah, te has fatigado hoy demasiado! ¿Estás cómodo? Siéntate aquí, siéntate. ¿Quieres un sorbo de aquel elíxir? ¿No estás bien? ¡Dí!

LUCIO (Cogiéndole las manos en un ímpetu de amor.) No, no, Silvia... Jamás me he sentido tan bien... ¡Tú, tú, siéntate, siéntate aquí, y yo a tus pies, al fin, con toda mi alma, para adorarte, para adorarte! (Se deja caer en el diván y él de rodillas delante de ella. Silvia, toda descompuesta y temblorosa, pone las manos sobre los labios de él como para impedir que hable. Entre los dedos van pasando el aliento y las palabras de Lucio.) ¡Al fin! Era como una avalancha que venía de lejos, una avalancha de todas las cosas bellas y de todas las cosas buenas que tú has arrojado sobre mi vida, desde que me amas; y tenía el corazón deseando estallar, tan lleno, que antes vacilaba bajo tanto peso y moría de angustia y de dolor, porque no osaba decir...

SILVIA (Blanco el rostro y la voz rota.) ¡No digas, no digas más!

LUCIO ¡Escúchame, escúchame! Todas las penas que has sufrido, las heridas que recibiste sin un grito, las lágrimas que escondías porque yo no tuviese remordimientos, las sonrisas con las cuales velabas tus agonías, la infinita piedad por mi error, tu coraje invencible delante de la muerte, la lucha afanosa por mi vida, la esperanza que mantuviste siempre encendida a mi cabecera, las vigilias, los cuidados, el incesante palpitar, la espera, el silencio, la alegría; todo aquello que es dulce y heroico en ti, todo yo lo conozco, todo yo lo sé, querida, querida alma! Y si la violencia ha servido para despedazar un juego, o la sangre para rescatarme (¡oh, déjame decirlo!), yo bendigo la tarde y la hora en que me trajeron moribundo a esta casa de tu martirio y de tu

fe, para recibir otra vez de tus manos—de estas divinas manos que tiemblan—el don de la vida. (Imprime su boca convulsa en las palmas de ella. Silvia le mira a través del llanto que tiembla en sus pestañas, transfigurada por la felicidad imprevista.)

SILVIA (Con la voz desfalleciente y rota.) ¡No digas, no digas más! El corazón me late. Tú me sofocas de alegría... Sólo una palabra esperaba de ti, una sola, nada más; y de pronto tú me inundas de amor, tú me rompes todas las venas, tú me levantas más allá de la esperanza, tú traspasas mi sueño, tú me das la felicidad que está sobre toda espera... ¡Ah! ¿Qué dijiste tú de mis penas? ¿Qué es el dolor sufrido, qué es el silencio, qué son las lágrimas, las sonrisas, comparadas con esta dicha que me transporta? Ahora siento no haber sufrido más por ti... Antes no toqué aún el fondo del dolor, mas ahora sé que he llegado a la cumbre de la felicidad. (Le acaricia perdidamente la cabeza, que él tiene abandonada sobre sus rodillas.) ¡Álzate! ¡Álzate! Ven más cerca de mi corazón; reposa sobre mí, abandónate a mi ternura, posa mis manos sobre tus párpados, calla, sueña, recoge las fuerzas profundas de tu vida. No debes amarme a mí solamente, sino al amor que yo siento por ti. ¡Ama a este amor mío! Yo no soy bella, yo no soy digna de tus ojos, soy una humilde criatura en la sombra; mas mi amor es maravilloso, y siempre en alto, y siempre en alto, es solo, es seguro como el día, es más fuerte que la muerte, es capaz de un prodigio: te dará cuanto le pidas, y tú podrás pedirle aun aquello que nunca fué esperado. (Lo aproxima a su corazón, levantándole la cabeza. El tiene los ojos cerrados y los labios contraídos, palidísimos, extenuado, embriagado.) ¡Álzate! ¡Álzate! Ven más cerca de mi cora-

zón, reposa sobre mí. ¿No sientes que pueden abandonarte, que nada es más seguro que mi pecho, que siempre encontrarás en él tu reposo y tu alegría? ¡Ah! Yo he pensado alguna vez que esta certidumbre podría embriagarte como la gloria... (Con ambas manos le separa la cabeza para descubrirle la frente.) ¡Bella frente poderosa, signada, bendecida! ¡Que todos los gérmenes de la primavera se abran en tus pensamientos nuevos! (Temblorosa, le imprime sus labios. Mudo él, le tiende los brazos. El crepúsculo aparece una aurora.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

La misma estancia. La misma hora. Aparece por la ventanas un cielo nublado y mudable.

## ESCENA PRIMERA

COSME DALBO sentado junto a la mesa, sobre la cual apoya el codo, con la mejilla reclinada en la palma de la mano, grave y pensativo. LUCIO SETTALA, en pie, inquieto y descompuesto, paseándose inciertamente por la estancia, cediendo a la angustia que le oprime.

LUCIO — Sí, quiero decírtelo... ¿Por qué ocultarte la verdad? He recibido una carta; la he abierto, la he leído.

COSME — ¿De la Gioconda?

LUCIO — De ella.

COSME — ¿De amor?

LUCIO — Me abrasaba los dedos...

COSME — ¿Y bien? (Vacila. La emoción le altera la voz.) ¿Tú la amas aún?

LUCIO — (Con un sobresalto de pavor.) No, no, no...

COSME — (Mirándole en el fondo de los ojos.) ¿No la amas ya?

LUCIO — (Suplicante.) ¡Oh, no me tortures! Sufro.

COSME — ¿Mas qué cosa entonces te turba? (Una pausa.)

LUCIO — Todos los días, a la hora que yo sé, ella me espera allá, sola, al pie de la estatua. (Otra pausa. Parece que los dos contemplan frente a

ellos alguna cosa viviente y poderosa, una voluntad, evocada por aquellas breves palabras.)

COSME ¡Ella te espera! ¿Dónde? ¡En tu estudio! ¿Y cómo puede entrar?

LUCIO Conserva la llave de que antes se servía.

COSME ¡Te espera! Cree y quiere que tú le pertenezcas aún.

LUCIO Tú lo has dicho.

COSME ¿Y qué harás?

LUCIO ¿Qué haré? (Una pausa.)

COSME Vibras como una llama.

LUCIO Sufro.

COSME Ardes.

LUCIO (Con vehemencia.) No.

COSME Escucha. Ella es terrible. No se lucha contra su poder sino desde lejos. Por eso yo quería llevarte conmigo, más allá del mar. Tú al mar preferiste la muerte. Otra (¡tú sabes quién, y el corazón por eso te se parte!), otra te ha arrancado a la muerte. Y tú no puedes vivir ahora sino para ésta.

LUCIO Es verdad.

COSME Precisas partir, huir.

LUCIO ¿Para siempre?

COSME Por algún tiempo.

LUCIO ¡Ella me esperará!

COSME Tú serás más fuerte.

LUCIO Y su poder irá creciendo. Y ella habrá impregnado más profundamente el lugar que me es tan querido, porque en él concluí mi obra. Yo la veré, desde lejos, custodiando la estatua por cuyo mármol pasó el más vivo relámpago de mi vida.

COSME ¡Tú la amas!

LUCIO (Desesperado.) No, no la amo. Mas piensa: ella será siempre la más fuerte; sabe aquello que me vence y aquello que me liga; se ha armado de una fascinación a la cual yo no podré substraer el alma sino arrancándola de mi corazón. ¿Debo yo intentar otra vez?...

COSME ¡Tú deliras!

LUCIO El lugar donde he soñado, donde he trabajado, donde he llorado de alegría, donde he llamado la gloria y he visto la muerte, es su conquista. Ella sabe que no podré renunciar ni alejarme mucho tiempo de donde he difundido la parte más preciosa de mi substancia, y me espera, segura.

COSME ¿Mas ejercita algún derecho inviolable? ¿Nadie podrá impedirle que pase aquellos umbrales?

LUCIO (Con profunda emoción.) ¿Mandarla arrojar?

COSME No; mas se puede encontrar un medio menos duro y más sencillo: reclamarle la llave que ya no tiene derecho a conservar.

LUCIO ¿Y quién se la reclama?

COSME Alguno de nosotros, yo mismo, respetuosamente, en nombre de la necesidad.

LUCIO Ella se negará, considerándote como un extraño.

COSME Tú mismo, entonces.

LUCIO ¿Yo? ¿Presentarme ante ella?

COSME No; le escribes. (Una pausa.)

LUCIO (Con acento de absoluta imposibilidad.) No puedo. Y todo, además, será inútil.

COSME Mas hay otro medio: abandonar aquella casa, desocuparla, y trasladarlo todo a otra parte. Así te evitarías también la tristeza intolerable del recuerdo. Este cambio es necesario, ahora que tu vida se renueva, para que la compañera que has recuperado pueda asistir a tu labor. ¿Sufrirías tú que ella se sentase donde la otra se tendía? ¿Que tuviese de continuo ante los ojos la visión de aquella horrible tarde?

LUCIO Bien, sí, tienes razón. Nos trasladaremos a otra parte, alquilaremos un bello lugar solitario, aventaremos el polvo de las viejas cosas, abriremos todas las ventanas,

haremos entrar el aire puro, tendremos un cúmulo de greda, un bloque de mármol, y alzaremos un monumento a la Libertad. (Se interrumpe. Su voz se vuelve singularmente calmosa.) Una mañana la Gioconda llamará a la nueva puerta; la abriré; ella entrará, y yo, sin maravillarme, le diré: Bien venida. (No puede contener por más tiempo su amargura.) ¡Ah, pareces un chiquillo! Todo para ti se reduce a una llave. Llamando a un cerrajero y haciendo cambiar la cerradura, estaba salvado.

COSME (Con dulzura y tristeza.) No te enojes. Al principio creí que se trataba solamente de librarte de una importuna. Ahora reconozco que mi consejo era pueril.

LUCIO (Implorante.) ¡Cosme, amigo mío, comprende!

COSME Comprendo; mas tú lo niegas.

LUCIO (Dejándose de nuevo arrebatar.) No niego, no niego. ¿Quieres que te grite que la amo? (Se detiene, mirando en torno suyo espantado. Se pasa una mano por la frente en un gesto de sufrimiento. Bajando la voz.) Necesitaba dejarme morir. Piensa: si yo, que estaba ebrio de vida, si yo, que estaba frenético de fuerza y de orgullo, quise morir, reconocería una necesidad ineludible. No pudiendo vivir ni con ella ni sin ella, resolví partir del mundo. Piensa. ¡Yo que consideraba el mundo como mi jardín, y que tenía delante de mi avidez todas las bellezas! Obedecía a una necesidad ineludible, a un hecho de hierro. Necesitaba dejarme morir.

COSME Tú desconoces cruelmente, ahora, la santidad de un milagro.

LUCIO No soy cruel. Por horror a la crueldad, hacia la cual me empujaba la violencia del mal, por no hollar una virtud que me parecía más que humana, por no poder sostener la dulzura de una pequeña voz igno-

rante que me interrogaba, por impedirme a mí mismo la maldad, ¿comprendes?, por eso tomé aquella resolución. Y por horror de volver a empezar, me quejo, porque hoy soy como un desesperado que habiendo tomado un narcótico, despierta después de un sueño profundo, y encuentra a su cabecera la misma desesperación.

COSME ¡La misma! ¡Y aun suenan en mis oídos tus primeras palabras! «No sé nada; no recuerdo, no quiero recordar más...» Parecías desmemoriado de todo, encauzado hacia otro bien. Aun resuena en mis oídos el sonido de tu voz cuando llamaste a la madre de tu Beata, levantándote de pronto, impaciente, como presa de un ardor que no podías dominar. Veo aun tu mirada sobre ella, cuando entró palpitante como una esperanza. Y, con certeza, aquella tarde tú te arrodillaste, y ella debió llorar, y ambos debisteis de sentir la bondad de la vida.

LUCIO Sí, sí, así fué, ¡la adoración!, toda mi alma se postró a sus pies, reconociendo cuanto de divino hay en ella, con una embriaguez de humildad, con un fervor de reconocimiento indecibles. Fué un desbordamiento. ¡Tú habías hablado del éxtasis de la luz! Yo lo encontré en aquellos momentos. Toda mancha parecía cancelada, toda sombra destruída. La vida tuvo un nuevo esplendor. Yo me creí salvado para siempre... (Se interrumpe.)

COSME ¿Mas después?

LUCIO Después reconocí que quedaba otra cosa que abolir en mí: esta fuerza para reproducir que afluye incesantemente a mis dedos...

COSME ¿Qué entiendes?

LUCIO Entiendo que estaría salvado si hubiera olvidado también a mi arte. En ciertos

días, allá en mi lecho, mirándome las manos debilitadas, me parecía imposible que pudiesen aún crear; me parecía que habían perdido toda su virtud. Me sentía enteramente extraño a aquel mundo de formas en el que había vivido «antes de morir». Pensaba: «Lucio Settala, el escultor, ha desaparecido.» E imaginábame hacerme jardinero de un pequeño jardín. (Se sienta, como aplacado, entornando los párpados, con un aire de cansancio, con una sonrisa de ironía apenas visible.) Podaría los rosales, los libraría de larvas, igualaría los macizos con las tijeras, guiaría la hiedra sobre los muros, en un pequeño jardín inclinado hacia el río del olvido, y jamás me lamentaría de haber dejado en la otra ribera un glorioso parque poblado de laureles, de cipreses, de mirtos, de mármoles y de sueños... ¡Tú me ves allá, feliz, con las tijeras lucientes, vestido sencillamente?

COSME No te veo.

LUCIO Paciencia, amigo mío.

COSME Mas ¿quién te veda el gran parque? No tienes más que volver a entrar por la avenida de cipreses, seguro que al final has de encontrar tu genio tutelar.

LUCIO (Levantándose de repente, como uno que pierde de continuo el dominio de sí). ¡Tutelar! ¡Ah!, me parece que tú ligas una palabra con la otra, como se hace con los vendajes sobre las heridas, por miedo de sentir pulsar la vida. ¿Jamás tú has oprimido con el dedo una arteria puesta al desnudo sobre un tendón lacerado?

COSME Lucio, tú te irritas a cada momento. Hay en ti algo acre y convulso, una especie de exasperación que te impide ser justo. No has salido aún de la convalecencia, no estás sano todavía. Un choque imprevisto ha venido a turbar la dulce obra que la Naturaleza cumplía en ti. Tus fuerzas

que renacían se han irritado. Si mi consejo valiese, te irías a la Boca del Arno, como habías convenido. Allá, entre el bosque y el mar, encontrarás la calma suficiente para considerar cuál debe ser tu actitud; y volverás a hallar también la bondad, que te dará luz...

LUCIO ¡La bondad! ¡La bondad! ¿Crees que la luz debe venir de la bondad, y no de aquel instinto profundo que envuelve y precipita mi espíritu hacia las más soberbias apariciones de la vida? Yo he nacido para hacer estatuas. Cuando una forma substancial ha salido de mis manos con la impresión de la belleza, he cumplido el oficio que me señaló la Naturaleza. Yo sigo mi ley, aunque esté más allá del Bien. ¿No es esto verdad? ¿Me lo concedes?

COSME Continúa.

LUCIO (Bajando la voz.) Un juego de la ilusión me ha unido a una criatura que para mí no estaba destinada. Es un alma de un precio inestimable, delante de la cual me postro y adoro. Mas yo no esculpo jamás almas. Su destino no era el mío. Cuando se me aparece la otra, pienso en todos los bloques de mármol contenidos en las cavidades de las montañas lejanas, para reproducir en cada uno alguno de sus gestos.

COSME Mas tú ya has obedecido el mandato de la Naturaleza, generando tu obra maestra. Cuando vi tu estatua, pensé que ella fuese tu liberación. Has perpetuado, en tipo ideal e incorruptible, un ejemplar caduco de la especie. ¿No estás aún pagado?

LUCIO (Encendiéndose.) ¡Miles de estatuas, no una! Ella es siempre diversa, como una nube que se muda de momento en momento sin que la veas mudar. Cada movimiento de su cuerpo destruye una armonía para

crear otra más bella aún. Le ruegas que se recline, que permanezca inmóvil, y a través de toda su inmovilidad, pasa un torrente de fuerzas obscuras como los pensamientos pasan por los ojos. ¿Comprendes? ¿Comprendes? La vida de los ojos es la mirada; esta cosa indecible, más expresiva que todas las palabras, que todo sonido, infinitamente profunda y al par instantánea, como el relámpago, innumerable, omnipotente... Ahora imagina, difusa sobre todo su cuerpo, la vida de la mirada. ¿Comprendes? Un movimiento de párpados transfigura un rostro humano y te expresa una inmensidad de alegría o de dolor. Las pestañas de la criatura que amas, se bajan: la sombra te cerca como un río a una isla; se levantan: el incendio del estío abrasa al mundo. ¡Un estremecimiento aún!... Tu alma se disuelve como una gota. ¡Otro más! y te crees ser el rey del universo. ¡Imagina este misterio sobre todo su cuerpo! ¡Imagina por todos sus miembros, desde la frente a los talones, este aparecer de vidas luminosas! ¿Podrías tú esculpir la mirada? Los antiguos cegaron sus estatuas. ¡Ahora—imagínate—todo el cuerpo de ella es como una mirada! (Una pausa. Mira en torno, receloso, temiendo ser oído. Se acerca más al amigo, que le escucha con una emoción cada vez más visible.) Te lo he dicho: miles de estatuas, no una. Su belleza vive en todos los mármoles. Esto sentí, con una ansiedad hecha de disgusto y de fervor, un día en Carrara, mientras contemplábamos juntos descender de la montaña aquellos grandes bueyes uncidos conduciendo las cargas de mármoles. Un nuevo aspecto de su perfección encarnaba para mí en cada una de aquellas masas informes. Me pareció que partían desde ella hacia el mi-

neral miles de chispas animadoras como de una tea encendida. Debíamos escoger un bloque. Recuerdo: era un mediodía sereno. Los mármoles expuestos resplandecían al sol como las nieves eternas. Oíamos de cuando en cuando el estampido de las minas que desgarraban las vísceras de la montaña taciturna. No olvidaré aquella hora aun cuando muriese otra vez... Ella se metió entre aquella adoración de cubos blancos, deteniéndose a veces delante de algunos. Se inclinaba, observaba atentamente el grano, parecía explorar las venas interiores, vacilaba, sonreía y pasaba a otros. Para mis ojos, su vestido no la cubría. Una especie de afinidad divina existía entre su carne y el mármol que, al inclinarse, desfloraba con su aliento. Una aspiración confusa parecía salir hacia ella desde aquella blancura inerte. El viento, el sol, la grandiosidad de los montes, las largas filas de bueyes uncidos, y la curva antigua de los yugos, y el estridor de los carros, y la niebla que salía del Tirreno, y el vuelo altísimo de un águila, todas las apariencias exaltaron mi espíritu en una poesía sin confines, embriagándolo en un sueño único y supremo de mi vida... ¡Ah, Cosme, Cosme, yo he osado atentar contra una vida sobre la cual reluce la gloria de tal recuerdo! Cuando ella tendió la mano sobre el mármol que había escogido, y volviéndose a mí, me dijo: «Este», todo el Alpe, desde las raíces hasta las cimas, aspiró a la belleza. (Un fervor extraordinario abrasa su voz y aviva sus gestos. Cosme, que la escucha sentado, deja exteriorizar su emoción.) ¡Ahora tú comprendes! Tú sabrás qué furiosa debe ser mi impaciencia, pensando que en este momento ella está allá, sola, al pie de mi Sfinge, esperándome. Piensa; su estatua se alza

sobre ella, inmóvil, inmutable, inmune de toda miseria, y ella la contempla afanada, y su vida fluye, y alguna cosa suya perece de continuo en el tiempo. La tardanza es la muerte... ¡Mas tú no sabes, tú no sabes!... (Tiene el acento de quien confía un secreto.)

COSME ¿Qué cosa?

LUCIO Tú no sabes que yo tenía ya comenzada otra estatua...

COSME ¿Otra?

LUCIO Sí; quedó interrumpida, bocetada en la greda. Si la greda se deseca, todo se pierde.

COSME ¿Y bien?

LUCIO La creía perdida. (Una sonrisa irresistible le brilla en los ojos. Su voz tiembla.) ¡No se ha perdido! ¡Vive! ¡El último toque del pulgar está aún allí, fresco! (Hace el acto de plasmar, instintivamente.)

COSME ¿Y cómo?

LUCIO Gioconda no ignora las cosas del Arte y sabe la manera cómo se conserva blanda la greda. Me ayudaba en otros tiempos. Ella misma bañaba las telas...

COSME ¡Y ella pensaba en tener húmeda la greda, mientras tú morías!

LUCIO ¿No era también aquello un modo de contrarrestar la muerte? ¿No era también un acto de fe admirable? Ella conservaba mi obra...

COSME Mientras la otra conservaba tu vida.

LUCIO (Obscureciéndose, con la frente baja, sin atreverse a mirar a su amigo, y la voz casi dura.) ¿Cuál de las dos cosas tiene mayor precio? La vida me es intolerable, así dividida entre estos dos afectos. Te lo he dicho: precisaba dejarme morir. ¿Qué renuncia pudo igualar a aquella que yo había hecho? Solamente la muerte podía arrastrar el ímpetu del deseo que conduce mi ser hacia el bien. Ahora yo revivo: reconozco en mí al hom-

bre, a la misma fuerza. ¿Quién me juzgará si prosigo mi destino?

COSME (Espantado, cogiéndole de los brazos, como para sujetarlo.) Mas ¿qué vas a hacer? ¿Qué has resuelto? (Impresionado por el dolor súbito que revela la voz del amigo. Lucio Settala se detiene vacilante.)

LUCIO (Metiéndose en los cabellos las manos febriles.) ¿Qué haré? ¿Qué haré? ¿Conoces tú una tortura más cruel? Es el vértigo. ¿Comprendes? Cuando pienso que está allá y me espera, y las horas pasan, y mis fuerzas se pierden, y mi ardor se consume, el vértigo se aferra al alma, y tengo miedo de ser arrastrado, otra vez, esta tarde, mañana, cualquier día. ¿Sabes tú lo que es el vértigo? ¡Oh, si pudiera abrirme de nuevo la herida!

COSME (Intentando llevarlo cerca de la ventana.) ¡Cálmate, cálmate, Lucio! ¡Calla!... Me ha parecido oir la voz...

LUCIO ¿De Silvia? (Se cubre de una palidez mortal.)

COSME Sí. ¡Cálmate! ¡Tienes fiebre! (Le toca la frente. Lucio se apoya en el alfeizar, casi sin fuerzas, desfalleciendo.)

## ESCENA II

Entra SILVIA SETTALA con FRANCISCA DONI. Esta ciñe con un brazo la cintura de la hermana.

SILVIA ¡Oh Dalbo! ¿Estáis aún aquí? (No ve el rostro de Lucio, que está vuelto hacia el jardín.)

COSME (Haciéndose dueño de sí y saludando a Francisca.) Lucio me ha entretenido...

SILVIA ¿Teníais muchas cosas que deciros?

COSME Tiene siempre muchas cosas que decirme, acaso demasiado, y luego se cansa.

SILVIA ¿Os ha dicho que el sábado nos marchamos a la Boca del Arno?

COSME Sí, lo sé.

FRANCIS. ¿No habéis estado nunca en la Boca del Arno?

COSME Nó, jamás. Conozco la campiña pisana. San Rossore, el Gombo, San Pedro, mas no me he asomado nunca a la desembocadura. Sé que la playa es bellísima. (Silvia mira fijamente a su marido, que permanece abandonado sobre el alfeizar, inmóvil.)

FRANCIS. Deliciosa en esta estación; una playa abierta, baja, de arena fina; el mar, el río, el bosque; el olor de las algas, el olor de la resina, las gaviotas, los ruiseñores... Debía visitar muchas veces a Lucio mientras esté allá.

COSME Cierto.

SILVIA Le daremos hospitalidad. (Se separa de la hermana y va junto al marido con su paso ligero.)

FRANCIS. Nuestra madre tiene allá una casa modesta, pero grande; una casa blanca por dentro y por fuera, en una mancha de tamarindos y de laureles, y hay un viejo clavicordio del imperio que perteneció—¡imagínese a quién!—a una hermana de Napoleón, a la duquesa de Lucca, a aquella terrible y huesuda Elisa Raciocchi; un clavicordio que alguna vez se despierta y llora bajo los dedos de Silvia; y además una barca, si el recuerdo napoleónico no os seduce, una bella barca, blanca como la casa. (Silvia se aproxima silenciosamente a la espalda de Lucio y queda como suspensa. Él permanece absorto.)

COSME Vivir en una barca sobre el agua, a la ventura. No hay nada que tranquilice más. Durante semanas enteras yo he vivido así.

FRANCIS. Es necesario meter al convaleciente en la barca y confiarlo al mar.

SILVIA (Tocando con un gesto levísimo en la espalda del marido.) ¡Lucio! (El se estremece y se vuelve.) ¿Qué haces? Estamos aquí. Es Francisca. (Él

mira el rostro de su mujer, titubeante. Después intenta sonreir.)

LUCIO Está para caer un chubasco de agua. Esperaba las primeras gotas : el olor de la tierra... (Se inclina hacia la ventana y tiende en el aire la mano abierta, que le tiembla visiblemente.)

FRANCIS. Abril, o llora o ríe.

LUCIO ¡ Oh Francisca ! ¿Cómo estás?

FRANCIS. Bien ; ¿y tú, Lucio?

LUCIO ¡ Bien ! ¡ Bien !

FRANCIS. ¿Os vais por fin el sábado?

LUCIO (Mirando a su mujer, trascordado.) ¿Adónde?

FRANCIS. ¡ Cómo ! A la Boca del Arno.

LUCIO ¡ Ah, sí ! Es verdad... Tengo la cabeza trastornada.

SILVIA ¿No te sientes bien, hoy?

LUCIO Sí, sí, me siento bien, demasiado bien. Es el tiempo que me desespera. (En el acento con que pronuncia estas sencillas palabras pone un exceso de disimulación que le hacen extraño a ellas, como si lo dijese un hombre loco. Parece que no puede tolerar la atención con que le observan los tres.) ¿Te vas, Cosme?

COSME Sí ; me voy. Es hora. (Se dispone a salir.)

LUCIO Te acompañaré hasta la cancela! (Se va solícito hacia la puerta.)

SILVIA ¿Así, con la cabeza descubierta?

LUCIO Sí ; tengo calor. ¿No sientes qué aire más cálido? (Se apoya sobre el umbral esperando al amigo. Una aguda pena invade de improviso los corazones, enmudeciendo los labios.)

COSME Hasta la vista. (Saluda turbado; sale con Lucio. Silvia inclina la cabeza, con las pestañas contraídas, como quien hace consideraciones para tomar una resolución. Después, parece que una onda súbita de energía la vigoriza.)

FRANCIS. ¿Ha venido Gaddi?

SILVIA Aun no. Hoy no vino.

FRANCIS. Entonces no sabes...

SILVIA ¿Qué cosa?

FRANCIS. Lo que él ha hecho...

SILVIA No.

FRANCIS. Ha ido a ver a la Dianti.

SILVIA (Con emoción contenida.) ¡A ella! ¿Cuándo?

FRANCIS. Ayer.

SILVIA ¿Y tú lo has visto?

FRANCIS. Sí, me lo he encontrado. Me ha dicho...

SILVIA ¡Habla pronto!

FRANCIS. Fué ayer tarde, cerca de las tres. Se hizo anunciar. Se le recibió inmediatamente. Ella tenía el aire sonriente; se inclinó, no dijo una palabra, y así, inmóvil, de pie, esperó que el viejo hablase, oyéndole con respeto, tranquila. ¡Tú te imaginas lo que él le diría, intentando persuadirla a restituir la llave, a olvidar toda tentativa, a no volver a turbar más una paz recuperada a costa de tanta sangre y de tanto dolor! Ella no le contestó, al fin, sino esto: «¿Es Lucio Settala quien os manda?» A la respuesta negativa, agregó en un tono firmísimo: «Perdonarme, yo sólo reconozco en él el derecho de pedirme lo que vos me pedís.»

SILVIA (Palideciendo e irguiéndose como para afrontar la lucha.) ¡Ah! ¿Es su última palabra? Bien, hay otra persona que tiene un derecho igual y lo sabrá hacer valer. Veremos.

FRANCIS. ¿Qué piensas hacer, Silvia?

SILVIA Lo que sea necesario.

FRANCIS. ¿Qué, pues?

SILVIA Verla, ponerme frente a frente en el mismo lugar donde ella es una intrusa. ¿Entiendes?

FRANCIS. ¿Quieres ir?

SILVIA ¡Sí, quiero ir allí! Sé su hora. Tú también la sabes. La esperaré. Ella vendrá, y por fin nos miraremos frente a frente, en el rostro!

FRANCIS. ¡Tú no harás eso!

SILVIA ¿Cómo no? ¿Crees que me falta coraje?

FRANCIS. ¡Te lo suplico, Silvia!

SILVIA Ten por seguro que no bajaré los ojos, ni dejaré de conservar mi puesto. ¡Tú

debías conocerme ya por más de una prueba!

FRANCIS. Lo sé, lo sé. Nada te vence. Mas piensa que has de encontrarte allí, después de tanto, en el mismo lugar donde ocurrió la horrible cosa; allí, sola, frente a aquella mujer que te ha hecho tanto mal.

SILVIA Y bien, ¿qué importa? ¿He dejado una sola vez—¡una vez sola, Francisca!—de cumplir aquello que me ha parecido necesario? Dí, ¿me has visto rechazar algún peso? ¿A qué torturas me ha substraído? Otras penas he mirado cara a cara, y tú lo sabes. Temes que me falte el corazón al poner los pies donde él cayó... Mas yo tuve el valor de verle, entonces, por la hendidura de la puerta, tendido en su lecho de muerte, y antes que me fuera permitido acercarme a su cabecera pasaron por mis manos los instrumentos del cirujano y las vendas manchadas de sangre.

FRANCIS. Sí, sí, es verdad. Tu fuerza es grande. Mas piensa: no es la misma cosa... No es la misma cosa encontrarse allá, de improviso, frente a una mujer que no conoces, capaz de todo, como ésa, obstinada, imprudente...

SILVIA No temo nada de ella. Lo que hace es una bajeza. Creyéndome sumisa y débil, se muestra tan audaz; porque durante tanto tiempo he permanecido en silencio y retirada, piensa poder suplantarme otra vez. Mas se engaña. Entonces mi bien estaba perdido, toda defensa era inútil. Ahora lo he recuperado y lo defiendo.

FRANCIS. ¡Dios mío! Te vas a meter en una lucha cuerpo a cuerpo. ¿Y si ella se resiste?

SILVIA ¿Resiste, cómo? El derecho es mío. Sabré arrojarla.

FRANCIS. ¡Silvia, Silvia, hermana mía, yo te lo suplico! ¡Retrasa eso algunos días, refle-

xiónalo un poco antes de hacerlo! ¡No te precipites!

SILVIA ¡Ah, tú hablas bien, tú que eres feliz, tú que estás segura, tú que llevas una vida serena y ninguna amenaza pende sobre tu paz. ¡Retrásalo, reflexiónalo! Mas ¿sabes tú a qué extremo he llegado yo hoy? ¿Sabes en defensa de quién me bato? Por mi cabeza y por la de Beata, por la existencia, por la luz de los ojos. ¿Entiendes? No se vuelve a recomenzar un suplicio en el cual ya todos los nervios fueron lacerados y experimentados todos los pesares. ¡He dado al dolor todo cuanto podía darle; he sentido el hierro duro sobre mi nuca y en torno de mis pulsos; al fin de una jornada, mi sueño era pensar en el horror de la jornada siguiente, en la cual necesitaba, para vivir y por vivir, seguir exprimiendo más aún el corazón que parecía exhausto. ¡Tú hablas bien! Cuando sonríes en tu casa, tu sonrisa vuelve a ti en millares de rayos, como si vivieses en el cristal. Para mí la sonrisa era una pena más; bajo ella los dientes se apretaban; pero Beata no me ha visto una sola lágrima. Para mantener la promesa que hice en su nombre, cuando no había fibra en mí que no se retorciese, mis manos para él siempre tenían algunas flores... No sabría ya recomenzar. Intentaría un disparate, a mi vez; me iría a una playa remota y desierta, y abrazada a Beata nos dormiríamos para que el mar nos llevase.

FRANCIS. (Echándole los brazos al cuello y besándola en el rostro.) ¿Qué dices? ¿Qué dices? Tú no debes temer ya nada. ¿No te ama? ¿No has recuperado todo su amor? Eso únicamente vale, el resto nada. (Silvia cierra los ojos por algunos instantes, y la ilusión le ilumina el rostro.)

SILVIA Sí, sí, he recuperado su amor... Recuer-

da... ¿Cómo podré dudar de aquella voz? Cuando no estoy a su lado, me llama, me busca, necesita de mí, parece que yo debo guiar sus pasos... (Se detiene; se coge a los brazos de la hermana y vuelve a ser presa de la ansiedad.) Mas hoy... ¿Lo has visto? ¿Lo has mirado?... Hoy ya no es como ayer; es distinto... Una mudanza súbita. ¿Lo has mirado cuando estaba en la ventana, inclinado sobre el alfeizar? ¿Has oído el sonido de sus palabras? ¿Has visto cómo le temblaba el brazo cuando lo extendió fuera? Dime que también has sentido que algo le ocurre, que alguna cosa le descompone.

FRANCIS. Es la convalecencia. Cualquier cosa puede turbarle: el aire, el tiempo, nada...

SILVIA No, no es eso. ¿No has visto? También Cosme Dalbo parecía esforzarse para esconder una sombra... Mis ojos no fallan...

FRANCIS. No, no. Ha hablado conmigo.

SILVIA (Cada vez más agitada.) Mas Lucio ha bajado a acompañarle y no ha regresado aún. Y hasta ha pasado más allá de la cancela. (Va a la ventana y espía entre las cortinas.) Aun está habla que habla, allá, en la cancela... Parece fuera de sí... (Alza los ojos al nublado.) Ahora viene ya el chubasco... (Espía de nuevo, intensísima.)

FRANCIS. ¡Llámalo!

SILVIA (Volviéndose, dominada por un pensamiento terrible.) ¡Es cierto, es cierto!

FRANCIS. ¿Qué pasa?

SILVIA (Parándose, pronunciando las palabras nítidamente, resuelta, mas palidísima.) Lucio sabe que ella le espera.

FRANCIS. ¿Lo sabe? ¿Cómo?

SILVIA No me cabe duda, no me cabe duda.

FRANCIS. ¡Te lo imaginas!

SILVIA Lo siento; estoy cierta.

FRANCIS. Mas, ¿cómo?

SILVIA Necesitaba, pues, que esto ocurriese.

¿Cómo? Con una carta... El ha recibido una carta.

FRANCIS. ¡Y tú no vigilas!

SILVIA (Con un gesto desdeñoso.) ¿También esto?

FRANCIS. Mas pudieras engañarte.

SILVIA No me engaño. Después de la visita del viejo, ella le ha escrito. Necesito ir allí. No debo detenerme ni un día, ni una hora. Comprendes el peligro. Aunque haya tornado a mí con toda el alma, aun cuando se haya separado de ella enteramente, aun cuando haya vuelto a otra vida, a otro bien, ¿tú no crees que debe ser poderosa la fascinación de una mujer que le dice, obstinada y segura: «Estoy aquí; espero»? Saber que ella está allá, que ni un día falta a la cita, que nada puede alejarla... ¿Comprendes el peligro? Si Lucio ha sabido esta mañana que le espera, necesito que él sepa esta tarde, por mi misma boca, que ya no le espera más. (Una energía indomable esfuerza y eleva toda su figura.) Esto sabrá esta tarde. Te lo prometo. (Tiende las manos hacia la ventana con el gesto de quien jura.) ¿Quieres acompañarme?

FRANCIS. (Espantada y suplicante.) ¡Silvia, Silvia, reflexiona aun un minuto! ¡Piensa lo que vas a hacer!

SILVIA No te pido ayuda. Te suplico que me acompañes solamente hasta la puerta. Para el resto, me basto yo sola. Es necesario, además, que yo permanezca sola. ¿Quieres? ¿Qué hora es? (Se vuelve para mirar la hora, aproximándose a la mesa.)

FRANCIS. ¡Te suplico! ¡Escúchame, Silvia! El corazón me dice que no puede reportarte ningún bien lo que quieres hacer. ¡Escucha a tu hermana! ¡Te lo suplico!

SILVIA (Con un gesto de impaciencia.) ¿Mas no has comprendido aún que yo no juego en este momento? ¡Déjame! Voy sola. (Se inclina sobre la mesa, mirando el reloj.) Son las cuatro. Ya

no hay un momento que perder. (La lluvia se siente súbitamente sobre los árboles del jardín.)

FRANCIS. ¿No sientes qué aguacero? No salgas. Espera a mañana. ¡Ven, escucha! (Intenta sujetarla.) Espera al menos que escampe.

SILVIA No hay un minuto que perder. Es necesario que yo esté allí antes que ella; que me encuentre allá como en mi propia casa. ¿Entiendes? Déjame... Pronto, el sombrero, la capa, los guantes... ¡Juana! (Pasa a la estancia contigua llamando a la criada. Francisca Doni, apenada, va hacia la ventana donde cae la lluvia.)

FRANCIS. ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Mira al jardín; llama.) ¡Lucio! ¡Lucio! (Se vuelve hacia la puerta por donde desapareció la hermana.)

SILVIA (Reapareciendo, jadeante.) Ya estoy pronta. He dejado a Beata llorando. Quería salir conmigo. Tú quédate, te lo ruego. Ve a consolarla. Yo salgo sola. Me llevo tu sombrilla. Hasta la vista. (Va a besar a la hermana.)

FRANCIS. ¿Tú vas, a pesar de todo? ¿Estás resuelta?

SILVIA Voy.

FRANCIS. Te acompaño.

SILVIA Pues vamos. (Involuntariamente se para y vuelve los ojos en torno, como para abrazar en una sola mirada todas las cosas predilectas. Las cortinas palpitan; la lluvia cae. Aspira la fragancia húmeda que entra por las ventanas. Sólo por un instante el arco tendido de su voluntad se afloja.) El olor de la tierra... (Va a salir, y aparece de pronto, en el umbral, Lucio, febriciente, la cabeza descubierta y los cabellos y la ropa mojados por la lluvia. Se miran. Un instante de silencio gravísimo.)

LUCIO (Con la voz rota.) ¿Sales?

SILVIA Sí; salgo.

LUCIO ¡Estás muy pálida! (Silvia se pasa una mano por el rostro.) ¿Dónde vas? ¡Se ha abierto el cielo! (Se toca los cabellos mojados.)

SILVIA Tengo precisión de salir. No tardaré mu-

cho en regresar. Beata está allá, llorando, porque quería acompañarme. Ve a consolarla ; dile que le traeré también una cosa bella. (Lucio, en un acto repentino, la coge por las manos y la mira fijamente en los ojos.) ¿Qué hay, Lucio? (El, baja los párpados. Ella, libres las manos, lo estrecha fuertemente, como en un saludo. El temple de su voluntad campea en su voz vívida.) Hasta la vista. Vamos, Francisca. Es la hora. (Sale rápidamente, seguida de su hermana. Lucio Settala permanece con la cabeza inclinada, vacilante, bajo el pensamiento que le agobia.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# E. ROIG PLANAS

# ACTO TERCERO

Una estancia alta y espaciosa, iluminada por una lumbrera, cubierta de tapicería disimulada. En la pared del fondo hay una abertura rectangular, un poco más larga que una puerta, que conduce al antiguo estudio del escultor. Sobre el arquitrabe hay algunos fragmentos del friso de Fidias en los Panatenaiques. Sobre dos pedestales se alzan dos figuras aladas "vestidas de viento": la Nicke, de Samotracia, y aquella otra que fué esculpida para el templo dórico de Olimpia, consagrado a Zeus; ocupa el hueco una cortina roja. En la pared derecha, una puerta oculta por una colgadura pesada y rica; en la de la izquierda, una salida disimulada por la tapicería. Amplísimos divanes, cubiertos de encajes y de cojines, rodean la estancia. Las figuras están dispuestas con arte, para secundar la meditación del sueño; un manojo de espigas en un vaso de madera se alza delante del bajorrelieve eleusino de Demeter: un pequeño Pegaso de bronce, sobre un tallo de verde antiguo, junto a la Medusa Ludovisia. El sentimiento del lugar es diverso de aquel otro que inspira la estancia de la otra casa a la vista de la colina mística. La selección y las analogías de todas las formas revelan aquí la aspiración a una vida carnal, victoriosa y creadora. Las dos Mensajeras divinas parecen agitar y ampliar incesantemente el aire cerrado con la fuga de su vuelo inmenso.

## ESCENA PRIMERA

SILVIA SETTALA, en medio de la estancia, de pie, después de dejar el sombrero, la capa y los guantes. Parece que intenta reconocer las cosas, familiarizarse con ellas, establecer una comunión con su espíritu

para no sentirse extraña en aquel lugar. Domina su angustia ante los ojos de la hermana. FRANCISCA DONI se ha sentado, porque las rodillas le tiemblan y el corazón le late demasiado fuerte.

SILVIA (Mirando en torno suyo.) Es extraño: parece más grande...

FRANCIS. ¿Qué cosa?

SILVIA La estancia. No parece la misma... (Mira a su alrededor con el aspecto de quien respira un aire insólito. Un intervalo de silencio.)

FRANCIS. (Vigilante.) ¿Has cerrado la puerta?

SILVIA Sí, la he cerrado.

FRANCIS. ¿Se sentirá abrir?

SILVIA ¿Tienes miedo? No es hora. Dentro de unos minutos te irás.

FRANCIS. ¿Dónde?

SILVIA ¿Quieres esperarme en el carruaje, o en la calle?

FRANCIS. No, es imposible... Quiero permanecer aquí, estaré a tu lado... ¡Si pudiese esconderme!

SILVIA ¿Esconderte aquí? No... Es preciso que yo esté sola.

FRANCIS. ¡Ten piedad de mí! Moriré de angustia.

SILVIA ¡Atiende! Aquí debe de haber una salida secreta. (Siguiendo el recuerdo, va hacia el muro donde está la salida disimulada; la busca, la encuentra y abre. Una onda de luz la viste.) ¿Ves? Se pasa de aquí a la otra habitación de los modelos, después está el corredor, y en el fondo de él hay una puerta que da sobre el Mugnone. ¿Quieres pasar aquí?

FRANCIS. Sí. Mas deja que permanezca en la habitación o en el corredor, esperando. Aguardaré hasta que tú me llames.

SILVIA ¿Me das palabra de no subir hasta que te llame?

FRANCIS. Sí, te lo prometo.

SILVIA No tengas miedo. ¿Ves? Ya entra el sol por las vidrieras. (Las dos miran por la salida entreabierta. Una claridad intensa ilumina sus figuras. Una estría luminosa se alarga sobre el pavimento.)

FRANCIS. ¡No llueve ya! ¡Mira cuánta primavera sobre el dique!

SILVIA Vé a esperarme allá, al dique, al aire libre. Vé.

FRANCIS. Hay un pobre caballo enfermo con las rodillas en el agua y las golondrinas pasan rozándole... ¿Ves? Pienso una cosa. (Se vuelve súbitamente hacia dentro, espiando entre los pliegues inmóviles de la cortina.)

SILVIA ¿Qué hay?

FRANCIS. Me parece haber sentido... (Ambas escuchan ávidamente.)

SILVIA No, te engañas. Es aún temprano. Y además, la puerta de la escalera hace un gran ruido al abrirse... ¿No lo sentiste antes? Los muros temblaban.

FRANCIS. (Implorando.) ¡Silvia!

SILVIA ¿Qué hay ahora?

FRANCIS. Escúchame. Estás aún a tiempo. Vente a la calle, al menos por hoy. Haz una prueba sólo. Ella sabrá que tú has estado aquí. Hablaremos de nuevo con el portero. Tú debías antes dejarte alguna cosa, olvidarte un guante, por ejemplo... Ella comprenderá y no volverá más.

SILVIA ¿Bastaría un guante? ¡Ah, qué fácil es todo para tu corazón! (Mira nuevamente a su alrededor con una secreta desesperación.) No hay aquí nada mío. (La hermana permanece junto a la salida entreabierta. La figura es iluminada por la mitad del vivo reflejo solar. Silvia da algunos pasos en la estancia.) Un intervalo de silencio.) Todo parece más grande, más alto, más obscuro.

FRANCIS. Es la sombra que te engaña. Hay poca luz. Sería preciso descorrer la cortina de la lumbrera.

SILVIA No; mejor se está así. (Continúa mirando por todos los rincones, como buscando algo.) Dime... (La emoción le trunca la voz.) Aquella tarde te fueron a llamar y tú viniste. Tú entraste aquí a primera hora... (Vacila.) ¿Dónde fué? ¿Tú recuerdas en qué sitio?

FRANCIS. Allá, en el estudio, bajo la estatua... ¡Ah, no, no vayas! (Silvia se dirige hacia la cortina roja que pende entre las dos Victorias. A sus piés, como una linea divisoria, se alarga la sutil zona de sol.)

SILVIA (Conmovida.) La estatua está allá.

FRANCIS. ¡No vayas! (Silvia permanece, durante algunos instantes, muda e inmóvil delante de la cortina cerrada, de la cual la separa la zona luciente.) ¡No entres! ¡No entres! (Silvia da un paso más allá de los rayos, casi con ímpetu, como para destruir un obstáculo; con un gesto rápido levanta uno de los extremos de la cortina, se insinúa entre los pliegues y desaparece. La cortina se vuelve a cerrar tras ella, muda y grave. Algunos momentos de silencio en los cuales no se oye más que la respiración angustiosa de la hermana. De improviso, entre el profundo color de púrpura, reaparece la faz palidísima de la heroína, que parece irradiar la lumbre de la obra soberana. Tambien sus manos desnudas, que separan las cortinas, parecen resplandecer sobre el color obscuro. Los ojos permanecen, en tanto, alargados por la maravilla, deslumbrados no por una visión de muerte, sino por una imagen de vida perfecta. Tiembla en las órbitas la dirección de una onda saliente. Dos maravillosas lágrimas se forman poco a poco en el extremo, brillan y surcan las mejillas. Antes de que lleguen a la boca, ella las arrastra con los dedos, las difunde sobre el rostro, como para lavarlo con un rocío lustral; porque más que el recuerdo de la trágica acción humana, le ha conmovido la aparición de la obra bella, inmensa y sola. Ha recibido el beneficio sumo de la Belleza: la tregua de su angustia, la pausa de sus temores. El fulgor sublime de la alegría ha atravesado su alma curándola, durante algunos instantes, haciéndola cristalina como las lágrimas. Sus lágrimas son la ofrenda ardiente y muda de su alma a la obra maestra.

FRANCIS. ¡Silvia, Silvia, tú lloras!

SILVIA (Conmovida, con el signo del silencio.) ¡Calla! (Se destaca entre las cortinas e interroga ávidamente.) ¿Tú la has visto? ¿La has visto?

FRANCIS. (Trémula de sobresalto.) ¿A quién? ¿Ella? ¿Está ella allá?

SILVIA — No: la estatua... (La hermana asiente con la cabeza. Ella hace un gesto que expresa su deslumbramiento. Se oye el rumor de una puerta que se abre con estrépido. Las dos se sobresaltan.) Ya está ahí: ¡Vete! ¡Vete!

FRANCIS. — (Tendiéndole los brazos, en su última imploración angustiosa.) ¡Oh, hermana mía!

SILVIA — (Recuperando su energía primitiva.) ¡Vete! ¡No temas! (Empuja a la hermana por la abertura, cerrando después la entrada. La zona del sol desaparece. La estancia vuelve a hundirse en una sombra igual.)

## ESCENA II

SILVIA SETTALA se queda de pie, con el rostro vuelto hacia la puerta. La mirada fija y casi rígida en la expectación. En medio del más alto silencio se oye distintamente el ruido de la llave al abrir la puerta. La que espera no cambia de actitud. Una mano levanta el portier. Entra GIOCONDA DIANTI, volviendo a cerrar la puerta tras sí. Al principio ella no logra distinguir a su adversaria, porque viene de la luz a la sombra, y un velo denso, además, le oculta todo el rostro. Cuando la contempla, se detiene con un grito sofocado. Ambas permanecen, durante algunos instantes, la una frente a la otra, sin hablar.

SILVIA — (Con el acento firme y claro, mas lleno de resentimiento y de amenaza.) Yo soy Silvia Settala. (La rival calla, siempre velada. Una pausa.) ¿Vos?

GIOCONDA — (Con voz baja.) ¿No lo sabéis, señora?

SILVIA — (Conteniéndose siempre.) Sé solamente que habéis entrado aquí como en un lugar que fuera vuestro. Me encontráis segura como en mi casa. Una de las dos usurpa, pues, el derecho de la otra: una de las dos es una intrusa. ¿Cuál? (Una pausa.) ¿Yo, quizás?

GIOCONDA — (Siempre encerrada en el velo y en voz baja, como para atenuar su audacia.) ¡Quizás! (Silvia Settala se queda más pálida y vacila un poco, como quien ha recibido un golpe profundo.)

SILVIA — (Revolviéndose, vibrante de indignación.) ¡Bien!

Hay una infame mujer que ha atraído a un hombre a sus redes con las peores lisonjas; que lo ha arrancado a la paz de la familia, a la nobleza del Arte, a la gentileza de un sueño que él ha nutrido durante años enteros con la flor de su fuerza; que lo ha envuelto en un delirio tórvido y violento, donde él ha perdido todo sentimiento de bondad y de justicia; que le ha hecho sufrir los tormentos más agudos que pudo jamás inventar la crueldad de un carnicero enfermo de tedio; que lo ha dejado exhausto y árido, encendiendo de continuo en sus venas una fiebre perversa; que le ha hecho intolerable la vida; que le ha armado la mano, impulsándolo al suicidio; que, finalmente, cuando ha sabido que estaba moribundo durante días y días sobre un lecho lejano, en torno del cual se sostenía una lucha sin treguas contra la muerte, no ha tenido ni remordimiento, ni piedad, ni vergüenza, y ha vuelto al mismo lugar siniestro antes que la sangre aun fuese lavada, meditando recobrar su presa, esperándola de nuevo en acecho, calculando uno a uno los efectos de su temeridad y de su tenacidad, prometiéndose el placer de una nueva ruina. La mujer que ha hecho esto, ha dicho: «Una fuerte y noble vida florecía libremente en el mundo, mas yo la he arrancado, la he plegado, la he tirado por tierra, tronchándola después de un solo golpe. Creía haberla destruído para siempre. ¡Y he aquí que de nuevo germina, se renueva, se realza y puede florecer! ¡Y en torno de ella las heridas se cierran, los dolores se calman, la esperanza resurge, y puede otra vez sonreir la alegría! ¿Me habré yo equivocado? ¿Puedo tolerar este engaño? No. Yo reco-

menzaré, me valdré de todos los medios, de todas las resistencias, seré implacable.» La mujer que se ha prometido esto a sí misma, ha empuñado su voluntad como un escudo, y está pronta a vibrar los nuevos golpes sonriendo. ¿La conocéis? Ella ha entrado aquí con el rostro cubierto, ha hablado con una voz sorda, ha proferido antes una palabra helada, calculando siempre, pues, toda su audacia. ¿La conocéis?

GIOCONDA Aquella que yo conozco es distinta. Solamente porque está triste delante de vos, habla en voz baja. Respeta el grande y doloroso amor que os hace vivir; admira la virtud que os levanta. Mientras hablabais comprendía bien que, solamente para consolar una indecible desesperación, vuestras palabras figuraban una imagen tan distinta de la verdadera. No hay nada implacable en ella; mas ella misma obedece a una potencia que puede ser implacable.

SILVIA (Amarga y altanera.) Sé que sois experta en todos los lenguajes.

GIOCONDA ¿Quién juega con esta dureza? Vuestras primeras palabras tenían otro sonido: y parecía, cuando me hicisteis una pregunta, que queríais solamente saber la verdad.

SILVIA ¿Y cuál es, pues, vuestra verdad?

GIOCONDA La verdad que vale, delante de nosotras, es una sola: verdad de amor. Lo sabéis. Mas temo heriros.

SILVIA No temáis herirme.

GIOCONDA La mujer a quien hicisteis tantas acusaciones fué ardientemente amada—y sufrir que yo os lo diga—con un glorioso amor. Ella no aplastó, sino exalzó una vida fuerte. Y como las últimas voces que oyó, pocas horas antes de que se cumpliese el acto terrible, fueron de

amor, ella cree ser aún amada. Esta es la verdad que vale.

SILVIA (Perdidamente.) Se engaña, se engaña... ¡Os engañáis! ¡El no os ama ya, él no os ama ya! Acaso no os amó nunca. No fué amor el suyo, fué una intoxicación, una servidumbre atroz, demencia y locura. Cuando él sufría sobre la almohada, el recuerdo le pasaba de vez en cuando ante los ojos como un relámpago de terror. ¡Llorando a mis pies, ha bendecido la sangre que sirvió para rescatarle!... ¡No os ama, no os ama!

GIOCONDA Vuestro amor grita como un náufrago.

SILVIA ¡No os ama! Habéis sido para él como una argolla, le habéis vuelto loco, le habéis lanzado a la muerte...

GIOCONDA Yo no, yo no le he lanzado a la muerte: fuísteis vos misma. Sí, por librarse de un vínculo ha querido morir, mas no de aquel que le ligaba a mí, de otro, del vuestro, de aquel que le imponía vuestra virtud o vuestra ley y que le hacía sufrir intolerablemente.

SILVIA ¡Ah, no hay nada que no oséis envolver! De él, de su boca, en una hora en la cual toda su alma se había alzado a la luz, yo he oído: —¡Si la violencia ha servido para acabar un juego, bendita sea!—De él yo lo he oído, cuando toda su alma se volvía abrir a la verdad.

GIOCONDA Mas aquí, pocas horas antes de que cediese al horrible pensamiento, aquí—todas estas cosas son testigos—él me habló las más dulces y ardientes palabras que tuvo en su amor; aquí me llamó también más de una vez vida de su vida; me dijo también otra vez su sueño de olvido, de libertad, de Arte, de alegría. Aquí me dijo lo terrible de sus vínculos, el peso inevitable de la bondad, más cruel que ningún otro, y el horror del su-

plicio cotidiano, y la repugnancia a volver a la casa del silencio y de las lágrimas, repugnancia que llegó a hacérsele invencible...

SILVIA ¡No, no, mentís!

GIOCONDA Por huir de aquella angustia, una tarde, en que todo él parecía más triste y más silencioso, intentó buscar la muerte...

SILVIA ¡Mentís, mentís! Yo estaba lejos.

GIOCONDA ¡Y me acusáis de haberle infligido un sufrimiento infame, de haber sido su verdugo! ¡Ah, vuestras manos solamente, vuestras manos de bondad y de perdón, le preparaban todas las tardes un lecho de espinas donde no quiso descansar ya más! Cuando entraba aquí, donde yo le atendía como se atiende a un Dios que crea, se transfiguraba. Recobraba delante de su obra la fuerza, la alegría, la fe. Sí, una fiebre continua le abrasaba la sangre, y yo era quien mantenía esa llama siempre encendida—¡y esto es mi orgullo!;—mas al influjo de esa fiebre él ha creado su obra maestra. (Indica con el gesto la estatua que la cortina esconde.)

SILVIA No es la primera; no será la última.

GIOCONDA Ciertamente, no será la última; porque otra está ya pronta a dejar su envoltura de greda; otra ha palpitado ya bajo su pulgar animador; otra hay ya, semiviva, esperando de un momento a otro que el milagro del arte la saque totalmente a la luz. ¡Ah, vos no podéis comprender esta impaciencia de la materia a la cual fué prometido el don de la vida perfecta! (Silvia Settala se vuelve hacia la cortina, da algún paso, lentamente, con la apariencia de un acto involuntario, cual si obedeciese a una atracción misteriosa.) ¡Está allá, la greda está allá! Aquel primer rasgo que él le había infundido, yo lo he conservado día por día, como se baña el surco donde hay simiente pro-

funda. No lo he dejado perecer. La impresión allá está, intacta. El último toque que le imprimió su mano febril en la última hora, allá está visible, enérgico y fresco, como de ayer; tan potente, que mi esperanza, en medio del frenesí del dolor, se fijó en él como en un augurio de vida y me dió fuerzas. (Silvia Settala se coloca delante de la cortina, como antes, y permanece muda e inmóvil.) Sí, es verdad. ¡Vos, entretanto, estabais a la cabecera del moribundo, metida en una lucha sin treguas para arrancarlo a la muerte, y por ello fuisteis envidiada, y por ello seréis bendita eternamente! Vos teníais la lucha, la agitación, el esfuerzo; teníais que cumplir alguna cosa que os parecía sobrehumana y que os embriagaba de júbilo. Yo, bajo la maldición, en la distancia y en la soledad, no podía sino recoger y estrujar—con toda la voluntad contraída—mi dolor en un voto. Mi fe era parecida a la vuestra; se coligó también con la vuestra en contra de la muerte. La última chispa que brotó de su genio, del fuego divino que hay en él, yo no la he dejado extinguir, yo la he tenido siempre viva, con una vigilancia religiosa e interminable... ¿Quién puede decir, al fin, dónde se ha juntado la fuerza preservadora de tal voto? (Silvia Settala intenta volverse con violencia para responderle, mas se detiene.) Lo sé, lo sé. Es bien sencillo y fácil lo que yo he hecho, lo sé; no es un esfuerzo heroico, es un humilde trabajo manual. Mas no es el hecho lo que importa. Lo que importa es el espíritu con que el hecho se cumple; lo que importa es el fervor. Nada hay más sagrado que la obra que empieza a vivir. Si el sentimiento con el cual yo la he custodiado puede revelarse a vuestro ánimo, ¡andar y mirar-

la! Para la obra destinada a vivir, es necesario mi presencia visible. Reconociendo esta necesidad, comprenderéis como yo, al responder a vuestra pregunta con un *quizás*, he querido respetar lo que podría ser duda en vos, y en mí es certidumbre. No podéis sentiros aquí segura como en vuestra casa. Esta no es una casa. Los afectos familiares no tienen aquí su asiento ni la virtud doméstica sagrario. Este es un sitio fuera de las leyes y de los derechos comunes. Aquí un escultor hace sus estatuas. El está solo con los instrumentos de su arte. Ahora, yo no soy más que uno de esos instrumentos. La Naturaleza me ha mandado hacia él para traerle un mensaje y para servirle. Obedezco: le espero para servirle aún. Si él ahora entrase, podría continuar la obra interrumpida: la obra que había empezado ya a vivir bajo sus dedos. ¡Andar y mirar! (Silvia Settala permanece junto a la cortina, sin avanzar. Un temblor cada vez más creciente agita toda su figura, indicio de una gran emoción interior, mientras las palabras de la rival se hacen cada vez más prontas y estridentes, terminando al fin límpidas y hostiles. De improviso se revuelve, impetuosa, resuelta a las defensas extremas.)

SILVIA ¡No! Es inútil. Son demasiado hábiles vuestras palabras. Sois experta en todos los lenguajes. Transfiguráis en un acto de amor y de fe lo que no es sino una cobardía y una insidia. La obra interrumpida debió perderse. La misma mano que ha impreso en la greda el signo de la vida, empuñó el arma y la volvió contra su corazón. El no dudó en colocar entre sí y su obra el más obscuro de los abismos. La muerte ha pasado por él y ha roto todos los vínculos. Lo que fué interrumpido se perderá. Ahora él renace, es un hombre nuevo, aspira a otras conquis-

tas. En sus ojos se ha hecho una nueva luz; su fuerza está impaciente por crear otras formas. Todo lo que está dentro de él, todo aquello que vive más allá de las sombras no tiene ya poder ni precio alguno. ¿Qué le importa que una vieja arcilla caiga deshecha en polvo? La ha olvidado. Encontrará otra más reciente para infundirle el soplo de su renacimiento, para modelarla a imagen de la idea que hoy le inflama. ¡Qué importa la vieja arcilla! ¿Cómo podéis mostraros convencida de que sois necesaria a su arte? Nadie es necesario al hombre que crea. Todo converge en él. Decís que la Naturaleza os ha mandado hasta él para traerle un mensaje. Bien; él lo ha escuchado, lo ha comprendido y ha contestado con una expresión sublime. ¿Qué otra cosa podía esperar de vos? ¿Qué podíais darle más? No está concedido tocar dos veces al mismo vértice, cumplir dos veces el mismo prodigio. Vos habéis quedado allá, en la sombra, lejana y sola, sobre la vieja tierra. El va ahora hacia las tierras nuevas, donde recibirá otros mensajes. La fuerza es siempre virgen, y la belleza del mundo es infinita. (Gioconda Danti, descompuesta por aquel inesperado ímpetu que la destroza, toma una actitud más acre, exaltada en su orgullo, asumiendo un aire de desafío.)

GIOCONDA Yo estoy, viva y presente; él ha encontrado en mí un aspecto, y me embriagan aún sus palabras, diciendo, al verme entrar todas las mañanas, que era siempre una y diversa. Hasta ayer, ciertamente, él ha ignorado mi espera; y su ignorancia pudiera ilusionarme. Mas hoy lo sabe. ¿Comprendéis? El sabe que yo estoy aquí, que le espero. Estas manos han escrito una carta, una carta que ha llegado a sus manos y que él ha leído. Y

yo estoy segura—¿comprendéis?—yo estoy segura de que vendrá. Quizás esté ya en camino; quizás se acerque ya a la puerta. ¿Queréis que le esperemos? (Una extraordinaria mutación altera el rostro de Silvia Settala. Parece que alguna cosa insólita y terrible acontece dentro de sí. Está como quien de pronto se siente cogida por una tromba y se retuerce en la fascinación repentina, perdidamente. La fatalidad antigua de la mentira asalta de improviso el alma de la mujer pura, la vence y la contamina. A las últimas palabras de la enemiga, rompe en una risa inesperada, atroz, amarga, provocadora, que la hace irreconocible. Gioconda Dianti se queda estupefacta.)

SILVIA ¡Basta, basta! Demasiadas palabras. El juego ha durado ya demasiado. ¡Oh, vuestra seguridad, vuestro orgullo! ¿Mas cómo habéis podido creer que yo hubiese venido aquí, a cerraros la puerta, a vedaros el paso, a ponerme delante de vuestra audacia, sin que una seguridad más grande que la vuestra no me hubiese traído? Conozco vuestra carta de esta mañana; me fué mostrada no sé si con más estupor que disgusto.

GIOCONDA (Estupefacta.) No es posible, no es posible.

SILVIA Así, así es. La respuesta, yo os la traigo. Lucio Settala ha perdido la memoria de lo que fué y pide se le deje en paz. Espera que vuestro orgullo os impedirá importunarle.

GIOCONDA (Fuera de sí.) ¿Él os manda? ¿Él mismo? ¿Es su respuesta? ¿La suya?

SILVIA La suya, la suya. Os habríais ahorrado esta dureza si no me hubierais irritado. ¿Queréis ahora salir?

GIOCONDA (Con la voz ronca de cólera y de rabia.) ¿Soy arrojada? (El dolor la sofoca y le da un frenesí gallardo. Parece que se despierta en ella la fiera vindicativa y devastadora. Por su cuerpo flexible y poderoso pasa aquella fuerza misma que contrae las musculaturas vertebrales de los felinos en acecho. El velo que ha tenido siempre

sobre el rostro como una máscara tosca, hace más formidable la actitud de la persona, pronta a herir de cualquier modo y con cualquier arma.) ¿Arrojada? (Silvia Settala está convulsa y lívida delante de la mujer furibunda, y no es que la espante el espectáculo de aquel furor, es que mira dentro de sí alguna cosa horrible e irreparable: la mentira.) ¡Ah, a esto lo habéis conducido! ¿Y de qué modo? ¿De qué modo? ¿Vendándole el alma como la herida? ¿Medicinándosela con vuestras manos suaves? El se ha deshecho; él ha acabado; es un cero inútil. Comprendo; ahora comprendo. ¡Pobre de él! ¡Pobre de él! ¿Por qué no ha muerto antes de sobrevivir a su alma? El ha acabado también; es un pobre mentecato que conduciréis de la mano por los caminos solitarios. Todo está destruído; todo se ha perdido. Su frente no se alzará más, ni sus ojos se abrirán.

SILVIA (Interrumpiéndola.) ¡Callar, callar! El vive y es fuerte y nunca tuvo tanta luz. ¡Dios sea bendito!

GIOCONDA No es verdad. Yo era su fuerza, su juventud, su luz. ¡Decírselo, decírselo! Él se ha trocado en un viejo; desde hoy es viejo, es débil, no tiene alma. Yo me llevo conmigo, ¡decírselo!, todo cuanto había en él de más libre, de más ardiente y de más fiero. La sangre que vertió allá, bajo mi estatua, fué la última sangre de su juventud. Aquella que le habéis metido dentro del corazón es débil y vil. ¡Decírselo! Yo me llevo conmigo, hoy, todo aquello que fué su potencia y su orgullo y su alegría y su todo. Él ha acabado. ¡Decírselo! (El furor la ciega y la sofoca. Parece que está poseída de una gran voluntad destructiva, como de un demonio. Todo su ser siente la necesidad de cometer un acto inmediato de destrucción. Un pensamiento súbito precipita aquel instinto hacia un objeto determinado.) Y aquella estatua que

es mía, que me pertenece, que está hecha con la vida que ha salido de mí, gota a gota, esa estatua que es mía... (Se lanza con un salto de fiera hacia la cortina caída; la levanta y pasa.) Bien, yo la despedazaré, la destruiré... (Silvia Settala da un grito y corre para impedir el crimen. Ambas se juntan detrás de la cortina. Se oye el aliento de una breve lucha.)

SILVIA — No, no... ¡No es verdad! ¡No es verdad! He mentido. (Entre estas palabras el ruido de una masa que se inclina y cae, al cual sigue un nuevo y profundo grito de Silvia.)

## ESCENA III

FRANCISCA DONI entra, llena de terror, corriendo hacia aquel grito que reconoce, mientras GIOCONDA DIANTI aparece entre los pliegues de la cortina, con actitud de quien ha matado y busca la huída.

FRANCIS. — ¡Asesina! ¡Asesina! (Se lanza a socorrer a la hermana mientras la otra huye.) ¡Silvia, Silvia, hermana mía! ¡Hermana mía! ¿Qué te ha hecho? ¿Qué te ha hecho? ¡Ah, las manos, las manos! (Su voz es de horror.)

SILVIA — ¡Llévame fuera, llévame fuera!

FRANCIS. — ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Caíste debajo? ¡Dios mío! ¿Te ha golpeado? ¡Agua, agua! No hay nada por aquí... Espera.

SILVIA — ¡Ah, qué desmayo! Muero... muero... Llévame fuera... (Aparece, saliendo entre los pliegues de la cortina, con el rostro demudado, mientras la hermana le sostiene las dos manos envueltas en un pedazo de tela húmeda y sangrienta.) ¡Qué desmayo! (Cuando está para desfallecer, aparece en la estancia Lucio Settala como un desesperado. Silvia clava en él sus grandes ojos, llorosos, donde muere el alma desesperada.) ¡Tú, tú, tú...!

FRANCIS. — (Sosteniendo siempre las dos pobres manos golpeadas,

que llenan de sangre la tela.) ¡ Sosténla ! ¡ Sosténla ! Ahora cae. (Lucio Settala socorre en sus brazos a la dulce criatura sangrienta, que se desmaya, no sin dirigir antes su mirada hacia la cortina, como si mirase a la estatua.)

SILVIA (Con la voz muriente.) ¡ Está... salvada... !

FIN DEL ACTO TERCERO

# E. ROIG PLANAS

# ACTO CUARTO

Una habitación baja, toda blanca, sencilla, con dos paredes—que forman ángulo—casi enteramente abiertas a la luz por un doble orden de ventanas a modo de invernadero. Los "stores" están alzados; a traves de los cristales se ven los laureles, los tamarindos, los juncos, los pinos, la arena de oro llena de algas, el mar en calma cubierto de velas latinas, la desembocadura del Arno, y más allá del río, la mancha salvaje del Gombo, las cascadas de San Rossore, las lejanas montañas de Carrara marmífera... En la tercera pared, una puerta que conduce al interior. A un lado de la puerta, sobre una cónsola, la dama del ramillete, la célebre figura de Andrea de Verrocchio, huéspeda nueva, venida de la otra casa como una compañía fiel; la de las bellas manos, que parecen intactas, unidas graciosamente hacia el corazón. Al otro lado hay un viejo clavicordio, del tiempo de Elisa Baciocchi, duquesa de Luca, con la caja de madera obscura incrustada de madera clara, sostenido por pequeñas cariátides doradas estilo Imperio, y los cuatro pedales reunidos en forma de cetro. Es una tarde de septiembre. La sonrisa del estío moribundó parece encantar toda la casa. En la estancia solitaria se siente la presencia del alma musical que duerme en el fondo del instrumento abandonado, como si también las cuerdas encerradas fuesen tocadas con el mismo ritmo de mesura que el mar vecino.

## ESCENA PRIMERA

SILVIA SETTALA aparece sobre el umbral, viniendo del interior; se detiene, da algunos pasos hacia las vidrieras, mira la lontananza y después en torno de sí, con ojos infinitamente tristes. Falta en

sus movimientos alguna cosa que suscita una imagen vaga de alas cortadas, que da el sentimiento vago de una fuerza humillada, de una nobleza envilecida, de una armonía rota. Viste un traje ceniciento, por cuyo extremo corre una orla negra, como un hilo de luto. Las largas mangas le esconden los muñones, que ella extiende a los flancos, y a veces apoya contra los senos como para esconderlos en los pliegues, en un movimiento doloroso de pudor. Fuera, entre los altos laureles, aparece una figura femenina—LA SIRENETTA,—que semeja un hada y una pordiosera, en acción de espiar. Se insinúa hacia las vidrieras con paso furtivo, recogiendo con una mano el extremo de su delantal, relleno de algas, de conchas y de estrellas marinas.

SILVIA (Reconociéndola y yendo a su encuentro, con una imprevista sonrisa espontánea.) ¡Oh, la Sirenetta! ¡Ven acá, ven acá!

SIRENETTA (Avanzando hacia los cristales.) ¿Me reconoces? (Permanece fuera, de modo que su figura aparezca tras la lucidez de los cristales, los cuales parecen continuar en torno de ella el trémulo brillo rumoroso e incesante de las aguas. Es joven, sutil, flexible. Tiene los cabellos fulvos y enmarañados; el rostro, de un color de oro oleoso, los dientes blancos, los ojos húmedos y glaucos, el cuello ágil y largo, orlado de un collar de conchas; y en toda su figura, algo indeciblemente fresco y móvil, que hace pensar en una criatura impregnada en sales marinas, emergente de la movilidad de los flujos, salida de los escondrijos de un escollo. Su falda, de lino blanco y turquí, lavada y descolorida, desciende poco más abajo de las rodillas, dejando al descubierto las piernas desnudas. Su delantal, azuloso, huele a algas y a salitre, y sus pies descalzos, a pesar del color moreno que les ha dado el sol, son singularmente pálidos como las raíces de la planta acuática.) ¿Me reconoces, bella señora?

SILVIA Te reconozco, te reconozco.

SIRENETTA ¿Me reconoces? ¿Quién soy yo?

SILVIA ¿No eres la Sirenetta?

SIRENETTA Sí, me has reconocido. ¿Cuánto tiempo hace que has llegado?

SILVIA Hace poco.

SIRENETTA ¿Permanecerás aquí?

SILVIA Mucho tiempo todavía.

SIRENETTA ¿Hasta el invierno quizás?
SILVIA Quizás.
SIRENETTA ¿Y tu hija?
SILVIA Hoy la espero. Vendrá.
SIRENETTA ¡Beata! ¿No se llama Beata?
SILVIA Beata, sí.
SIRENETTA ¿Tú le has puesto ese nombre? Beata, no: Beatriz. Cuando ella estaba aquí, quería que le trajese todos los días estrellas, estrellas del mar. ¿Te lo ha dicho?
SILVIA Sí me lo ha dicho. Se acuerda mucho de ti. Te quiere bien.
SIRENETTA ¿Me quiere bien? Lo sé. Me daba todos los días su pan.
SILVIA Lo tendrás todos los días, si quieres. Pan y merienda, Sirenetta, mañana y tarde, cuando te plazca. ¿Recordarás?
SIRENETTA Mañana y tarde te traeré una estrella. ¿No quieres una? ¿Una muy bella? ¿Mas grande que una mano? (Silvia Settala, turbada, por un movimiento instintivo, se oculta las manos.)
SILVIA No, no; resérvasela a Beata.
SIRENETTA (Atónita.) ¿No la quieres?
SILVIA Dime mejor lo que has hecho de tu vida; dime lo que haces todos los días. ¿Es verdad que tú hablas con las sirenas del mar? Dime, cuenta, Sirenetta.
SIRENETTA Eramos siete hermanas.
Nos mirábamos a las fontanas:
todas éramos bellas.
—Flor de junco no hace pan,
mora de mancha no hace vino,
hilo de hierba no hace paño fino—
la madre dijo a las hermanas.
Nos mirábamos a las fontanas:
todas éramos bellas.
La primera para hilar
quería el huso de oro;
la segunda para tejer
quería telares de oro;
la tercera para coser
quería agujas de oro;

la cuarta para embriagarse
quería copas de oro;
la quinta para dormir
quería sábanas de oro;
la sexta para soñar
quería sueños de oro;
la última para cantar,
para cantar solamente...
y no quería nada...
(Se ríe, con una breve risa nítida que parece tintinear sobre sus dientes espléndidos.)
¿Te gusta esta historia?

SILVIA (Presa de la gracia de aquella sencillez.) ¿Se ha acabado ya? ¿Por qué no sigues?

SIRENETTA Si tú te sientas aquí, yo te adormeceré, como adormecía a tu hija sobre la arena. ¿No tienes sueño, a esta hora? Es bueno el sueño de septiembre.
Septiembre, desde la altura,
trae al llano la frescutura
y al estío la sepultura.
Amén.

SILVIA No. Sigue tu historia.

SIRENETTA La oliva se torna obscura,
la aceituna se madura:
óleo y llanto en la llanura.
Amén.

SILVIA Sigue tu historia, Sirenetta.

SIRENETTA ¿Dónde nos quedamos?

SILVIA «Y no quería nada.» (Una pausa.)

SIRENETTA Ah, sí.
—Flor de junco no hace pan,
mora de mancha no hace vino,
hilo de hierba no hace paño fino—
la madre dijo a las hermanas.
Nos mirábamos a las fontanas
todas éramos bellas.
Y la primera hiló
torciendo su huso y su corazón,
y la segunda tejió
una tela de dolor,
y la tercera cosió

una camisa atosigada,
y la cuarta se embriagó
con un vino envenenado,
y la quinta se durmió
en el lecho de la muerte,
y la sexta soñó
en los brazos de la muerte.
Llora la madre doliente,
llora su mala suerte.
Mas la última que cantó,
por cantar, por cantar,
por cantar solamente,
tuvo bella la suerte.
Las sirenas de los mares
la tomaron por hermana. (Una pausa.)

SILVIA ¿Luego es verdad que tú hablas con las sirenas?

SIRENETTA (Poniéndole el índice sobre la boca.) ¡No me preguntes!

SILVIA ¿Es verdad que nadie sabe dónde duermes por la noche?

SIRENETTA (Con el mismo gesto.) No preguntes.

SILVIA ¿Quieres que yo te dé lecho en mi casa?

SIRENETTA (Mirándola al rostro, como si no hubiese oído la oferta.) Tienes los ojos afligidos. Antes no sabía por qué me ponía triste cuando me mirabas. Ahora lo veo: hay en tus ojos un gran dolor. Alguien te se ha muerto.

SILVIA ¡Tú sólo me consolarás!

SIRENETTA ¿Quién te se ha muerto?

SILVIA No preguntes.

SIRENETTA Ahora te veo bien: tú no eres ya aquélla. Pienso en una pobre golondrina que vi en septiembre pasado: había perdido las plumas maestras y estaba próxima a anegarse en el mar. ¿Qué te han hecho? Alguna cosa mala te ha ocurrido.

SILVIA No preguntes. (Instintivamente esconde en los pliegues de la bata sus muñones, con un movimiento doloroso que no se escapa a la intuición de la criatura encantadora. La cual, de improviso, como en un des-

pertar, deja caer su delantal de tal modo, que el pequeño tesoro cae y se esparce sobre el suelo.)

SIRENETTA (Inclinándose y cogiéndolo.) ¿Quieres una estrella? ¿Una muy bella? ¿Más grande que una mano? ¡Mira! (Le muestra a la mutilada una grande de cinco estrías.) ¡Cógela! Te la doy... (La mutilada mueve la cabeza en señal de negación, cerrando los labios como para deshacer así el nudo que le oprime la garganta.) ¿No puedes? ¿Tienes las manos enfermas, delicadas? (La mutilada asiente con la cabeza. Las palabras de la otra se hacen trémulas de piedad.) ¿Te se han caído en el fuego? ¿Te se han quemado? ¿Te duelen aún o están ya para sanar?

SILVIA (Con una voz apenas oíble.) Ya no las tengo.

SIRENETTA (Levantándose adolecida.) ¡Ya no las tienes! ¿Te las han cortado? ¿Estás manca? (La mutilada, espantosamente pálida, asiente con la cabeza. La otra retrocede de horror.) ¡No, no es verdad! (Tiene los ojos fijos en los pliegues del vestido donde la mutilada esconde sus muñones.) Dime que no es verdad.

SILVIA No las tengo ya.

SIRENETTA ¿Por qué? ¿Por qué?

SILVIA ¡No preguntes!

SIRENETTA ¡Ah, qué crueldad!

SILVIA Las he regalado.

SIRENETTA ¿Las has regalado? ¿A quién?

SILVIA A mi amor.

SIRENETTA ¡Ah, qué cruel amor! ¡Qué bellas eran! ¡Qué bellas eran! ¿Crees que no las recuerdo? Te las he besado; ¡tantas veces te las he besado con esta boca! Me daban pan, granadas, tazas de leche... Eran bellas como si te las hubiese hecho el alba con su aliento, blancas como las flores del jazmín, más finas que los encajes que hace el viento en la arena; se movían como el sol en el agua; hablaban mejor que la lengua y que las pupilas; aquello que decían era como una palabra benigna, y al tocar una cosa, la cosa en-

tera se convertía en oro. Las recuerdo aún, las veo, las veo. Una día jugaban en la arena suave; la arena pasaba entre los dedos como por un canal, y parecía complacida en el juego; y Beata las miraba y reía, y yo, que también las miraba, sentía el mismo placer. Un día partieron una naranja, la hicieron muchos gajos: a mí me tocó uno, y era dulce como el almíbar. Una tarde se metieron en la media de la pequeña, que lloraba porque había pisado un espino, y el dolor súbito cesó y la pequeña se lanzó a correr por la ribera. Un día jugaban con aquellos bellos rizos, y de cada rizo hacían un anillo para cada dedo; los deshacían y después volvían a comenzar, y Beata se adormeció con el rocío en la boca...

SILVIA (Sofocadamente.) ¡No digas más! ¡No digas más!

SIRENETTA ¡Oh, qué cruel amor! (Una pausa. Queda pensativa.) ¿Y dónde están? Lejos de ti, solas, en el fondo de la tierra... ¿Las han sepultado? ¿Dónde? ¿En un jardín? (Una pausa. La mutilada tiene los párpados cerrados y apoya la cabeza en el cristal, donde se refleja el tremolar del mar.) ¿Has visto cómo se las llevaban? ¡Qué blancas eran! ¡Las has conservado en un bálsamo fuerte! ¿Y los anillos? ¿Con todos los anillos? ¿No tenían uno con una piedra verde, y uno con tres perlas, y otro cincelado de oro y de hierro, y uno liso, un ceñidor luciente, sólo en el anular? (Pausa. Una expresión indefinible aparece sobre el rostro de la mutilada, mientras abandona los brazos a lo largo de los flancos.) ¿Qué piensas? ¿Las sueñas? Si te florecieran de repente... (La mutilada abre los ojos y se estremece como si despertara de improviso. Sus brazos tiemblan.) ¿Qué tienes?

SILVIA Es extraño; verdaderamente, algunas veces me parece verlas, me parece sentir

la sangre descender hasta la punta de los dedos. Cuando hablabas, las veía... ¡ Eran aún más bellas, Sirenetta !

SIRENETTA ¿Más bellas?

SILVIA Tú me consolarás, Sirenetta. Yo no puedo coger tu estrella ; mas puedo mirar tus ojos y oir tu voz. Estate junto a mí ahora que vuelvo a encontrarte. También yo te querré como a una hermana.

SIRENETTA ¡ Quisiera darte mis manos si no fuesen tan ruines y obscuras !

SILVIA Son felices tus manos : tocan las hojas, las flores, la arena, las aguas, las piedras, los niños, los animales, todas las cosas inocentes. Eres feliz, Sirenetta. Tu alma nace todas las mañanas, y ora es pequeña como una perla, ora es grande como el mar. Tú nada sabes y lo sabes todo...

SIRENETTA (Volviéndose de repente e interrumpiéndola.) ¿Has sentido la bandada? ¡ Mira, mira, cuántas golondrinas sobre el mar ! Son más de mil : una nube viva. ¡ Mírala cómo brillan ! Ahora parten, van a un viaje, a una tierra distante : la sombra camina sobre el agua con ellas ; algunas plumas caen ; se hará la noche ; encontrarán los barcos en alta mar ; verán los faros ; oirán los cantos de los marineros ; y los marineros las mirarán pasar. Pasarán rozando las velas ; alguna dudará y caerá sobre el puente rendida. Una noche, una nube de golondrinas cansadas se abalanzará sobre una barca como un paso de tordos sobre un árbol, y la cubrirá toda. Los marineros no las tocarán. No se moverán por no espantarlas ; no hablarán, para dejarlas dormir. Y como se pararán también en el áncora y en la barra del timón, aquella noche la barca andará a la ventura, bajo la luna. Mas al alba... ¡ Ah ! ¿Quién te llama? (Interrumpe el sueño, oyendo una voz extraña entre los laureles y quiere huir.) ¡ Adiós, adiós !

SILVIA (Ansiosamente.) Es mi hermana. No te vayas, Sirenetta. Permanece aquí a mi lado. Beata viene.

SIRENETTA ¡Adiós, adiós! Volveré. (Huye hacia el mar, perdiéndose en el azul y el sol.)

## ESCENA II

Aparece entre los laureles FRANCISCA DONI seguida de LORENZO GADDI, el viejo.

FRANCIS. ¡Mira a quien te traigo!

SILVIA (Ansiosamente.) ¿Y Beata? ¿Y Beata?

FRANCIS. Vendrá dentro de poco. La he dejado con Faustina. Me he adelantado para que no la vieses así, de improviso.

SILVIA ¡Querido maestro, cómo os estoy agradecida! (El viejo hace el gesto instintivo de tenderle las manos. Ella se inclina ligeramente y le ofrece la frente, que él desflora con los labios.)

LORENZO (Disimulando su conmoción.) ¡Soy feliz al volver a veros, querida Silvia, ya levantada y sana! El mar os cura. El mar es, pues, siempre el gran consolador. Allá, en Forti de Marmi, os recordaba constantemente.

SILVIA No está muy lejos Forti de Marmi.

LORENZO (Indicándole los límites remotos.) Es allí, bajo Serravezza, del lado acá de Massa. (Miran por las vidrieras la lontananza.)

FRANCIS. ¡Qué bien se ven hoy las montañas de Carrara! Se pueden contar las cumbres, una por una. No recuerdo una tarde más límpida que ésta. ¿Quién había contigo, Silvia? ¿La Sirenetta? Me pareció verla huir hacia el mar. Es verdad; aquí están sus rastros: algas, conchas, estrellas marinas. (Indicando el tesoro pueril esparcido en el suelo.)

SILVIA Sí, estaba aquí antes.

LORENZO ¿Quién es la Sirenetta?

FRANCIS. Una jovencita loca que vaga errante.

SILVIA Una vidente, que posee el don del canto; una criatura de sueño y de verdad, que parece un espíritu del mar. La conoceréis y la amaréis como yo. Conociéndola, oyéndola hablar, se comprenden muchas cosas profundas. Ciertamente, os parecerá perfecta: ella da siempre y nunca pide nada.

LORENZO Se os parece en esto.

SILVIA A mí, no. Había yo querido y debido parecerme a ella en esto; mas la luz me faltó y cedí al engaño de la vida. ¡Qué ceguera! Tan ciega estaba, que por obtener algo llegué hasta a mentir; ¡yo!, y estoy manca, mutilada, por enmendar aquella mentira. Había tendido las manos con excesiva violencia hacia un bien que me vedó el destino. No me quejo, ni gimo. Porque deseaba vivir, vivo. Quizás un día mi alma se pacifique. Sentía nacer esta esperanza escuchando la voz de aquella criatura sencilla y cándida, que puede enseñarnos las cosas eternas. Me ha dicho que me traerá una estrella todas las mañanas. (Intenta sonreir. La hermana permanece junto a la vidriera y parece que intenta mirar las montañas, mas una sombra de tristeza se apodera de su dulce rostro.) Mirar allá, maestro, la dama del ramillete. Ha venido conmigo. Ahora, cuando la miro, tiene alguna cosa de fúnebre para mí. No he podido separarme de ella. ¿Recordáis, maestro, aquel día de abril? ¿Y de la cabeza enguirnaldada?

LORENZO Recuerdo, recuerdo.

SILVIA ¡La vida nueva!

LORENZO En todas las cosas había un augurio.

SILVIA Cuando miro pasar los camellos cargados de fardos al otro lado del Arno, allá, en las manchas de Gombo, pienso en el arribo de Cosimo Dalbo, en la alegría de aquella tarde, en el amuleto que yo coloqué en medio de un manojo de rosas co-

gidas por Beata. (Se vuelve hacia la hermana.) ¡Oh, Francisca, yo hablo, y el corazón entretanto palpita con tanta violencia, que no resisto más! ¿Dónde está Beata?

FRANCIS. (Contraída por la pena.) ¿Quieres, pues, verla ahora? ¿Serás fuerte?

SILVIA Sí; soy fuerte, sí. Estoy fuerte. La tardanza es peor.

FRANCIS. Ahora voy a traértela.

SILVIA (No pudiendo contener su ansiedad.) Espera un minuto. ¿Permaneceréis con nosotros esta noche, maestro? ¡Os lo agradecería tanto!...

LORENZO Sí, me quedo.

SILVIA Podemos hospedaros. Haré preparar vuestra estancia. Espera, Francisca, un momento. (Convulsivamente, no pudiendo ya dominar su angustia. Se va hacia la puerta, en la actitud del que corre a esconder un llanto que no puede contener.)

FRANCIS. ¿Quieres que yo vaya?

SILVIA (Con voz sofocada.) No, no. (Desaparece.)

FRANCIS. ¡Ah, qué maldición, qué maldición! Cuando estaba en su lecho, bajo las colchas, mutilada y exangüe, todo el horror del crimen se ocultaba. Mas ahora que está en pie, que se mueve, que se mezcla con las personas queridas, que vuelve a adquirir los gestos y las actitudes que le eran familiares... ¡Pensar, pensar!

LORENZO Sí, es una muerte demasiado horrible. Recuerdo aún aquel día cuando me dijisteis tiernamente, mirándola a la luz de abril: «¡Parece que tiene alas!» La belleza y la ligereza de sus manos le daban aquel aspecto de criatura alada. Había en ella una especie de estremecimiento incesante. Ahora parece que resbala...

FRANCIS. Y, además, ha sido un sacrificio inútil, como los otros: no le ha valido de nada, no ha mudado nada: ha sido una atrocidad de la suerte. Si Lucio hubiera perma-

necido a su lado, ella estaría contenta de haberle podido dar esta última prueba, de haberle podido hacer el sacrificio de sus manos vivas. Mas ella conoce, además, toda la verdad, en toda su crudeza... ¡Ah, qué infamia! ¿Habríais podido jamás creer que Lucio fuese capaz de tanto? Decir.

LORENZO También él tiene su sino y le obedece. Como no fué señor de su muerte, tampoco es dueño de su vida. Lo vi ayer. Me había escrito a Forte de Marmi rogándome fuese a las canteras y le escogiera un bloque. Lo vi ayer en su estudio. Su rostro está tan descarnado que parece devorarle el fuego de los ojos. Cuando habla se excita extraordinariamente. Permanece turbado. Labora, labora, labora, con una furia terrible: quizás intenta substraerse de ese modo a un pensamiento que le devora.

FRANCIS. ¿La estatua está aún allá?

LORENZO Sí, está allí; sin brazos. No ha querido restaurarla. Así, sobre el pedestal, semeja verdaderamente un mármol antiguo desenterrado en alguna de las Cícladas. Tiene algo de sagrado, de trágico, después de la divina inmolación.

FRANCIS. (En voz muy baja.) ¿Y aquella mujer, la Gioconda, estaba allí?

LORENZO Allí estaba, silenciosa. Siempre que la miro y pienso que ella es la causa de tanto mal, no encuentro en mi corazón fuerzas para condenarla. No puedo, no puedo... Yo no he visto jamás en carne mortal un misterio tan grande. (El viejo y la dulce hermana permanecen durante algunos instantes pensativos, con la cabeza baja.)

FRANCIS. (Suspirando, por la angustia que la oprime.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y yo que tengo que conducir a Beata a su madre! Se volverán a ver después de tanto, y la pequeña

comprenderá la verdad, la horrible verdad... ¡Cómo ocultárselo a ella, que es tan viva y recuerda tanto las caricias de las manos maternas! La habéis visto, la habéis oído antes... (Silvia Settala reaparece en el umbral. Sus ojos están húmedos y toda ella contraída por un esfuerzo nervioso.)

SILVIA Aquí estoy, Francisca. Maestro, la estancia está preparada ya, por si queréis salir.

LORENZO (Acercándose a ella con la voz tremante de conmoción.) ¡Valor! Es la última prueba. (Sale por la puerta. La mutilada avanza anhelante hacia la hermana.)

SILVIA Vé pronto, vé pronto. Tráemela. La espero aquí. (La hermana le ciñe con los brazos el cuello y la besa en silencio. Después sale por la parte del mar, alejándose rápidamente entre los laureles.)

## ESCENA III

SILVIA SETTALA, anhelante, mira por entre los ramos, que el sol occiduo enciende. Es la hora estática. El día es más límpido que los cristales de la estancia blanca; el mar es suave como la flor del lino, tan inmóvil, que las largas imágenes de las velas reflejadas parecen tocar al fondo; el río semeja amar aquel gran reposo, perdiéndose en la onda serena de su paz: los bosques salubres, todos penetrados de un oro flúido, se aligeran maravillosamente, como si perdiesen las raíces y fuesen todo aromas; y los Alpes marmíferos, en lontananza, signan en el cielo una línea de belleza, en la cual se revela el sueño que surge de aquel pueblo encerrado de estatuas adormecidas. Reaparece en el silencio LA SIRENETTA y se oye su voz pura.

SIRENETTA ¿Estás sola?

SILVIA (Fatigosa.) Sí, espero.

SIRENETTA (Acercándosele.) ¿Has llorado?

SILVIA Sí, un poco.

SIRENETTA (Con infinita piedad.) Parece que has llorado un año. Tienes los ojos abrasados. Te duele demasiado el corazón.

SILVIA Calla. No puedo sujetarme al corazón. (Se deja caer sobre el tronco del laurel más próximo, convulsa, no pudiendo sostener más la impaciencia de la

espera.) ¡Ya viene, ya viene! (Se separa del tronco y pasa a la estancia como presa de un inmenso terror, como buscando un refugio.)

LA VOZ DE BEATA (Entre los laureles.) ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! (La madre se sobresalta y se vuelve, espantosamente pálida.) ¡Mamá! (La hija se lanza hacia la madre con un grito de alegría, con el rostro todo encendido, los cabellos descompuestos, jadeante como después de una larga carrera, llevando en la mano un pequeño ramo de flores. Al abrazarse, el ramo se le cae. La mutilada se inclina hacia los pequeños brazos que le buscan el cuello y ofrece el rostro moribundo a los furiosos besos.)

SILVIA ¡Beata!

BEATA (Jadeante.) ¡Ah, cuánto he corrido, cuánto he corrido! Me he escapado, sola. He corrido, he corrido... No querían dejarme venir. ¡Ah, pero yo me he escapado con mi ramo de flores! (Cubre de nuevos besos el rostro materno.)

SILVIA Vienes regada de sol, estás toda encendida, ardes... ¡Dios mío! (En el ímpetu de su ternura está próxima a hacer el gesto instintivo de abrazarla; mas se detiene, escondiendo en los pliegues del vestido los muñones, y un escalofrío visible de horror la estremece.)

BEATA ¿Por qué no me abrazas? ¿Por qué no me estrechas? ¡Cógeme, cógeme, mamaíta! (Se levanta en la punta de los pies para esperar el abrazo materno. La madre se retuerce desesperadamente.)

SILVIA ¡Beata!

BEATA (Sujetándola.) ¿No quieres? ¿No quieres?

SILVIA ¡Beata! (Intenta que se asome la risa a sus labios muertos en un gesto de dolor.)

BEATA ¿Tú juegas? ¿Qué escondes? ¡Oh, dame, dame lo que escondes!

SILVIA ¡Beata! ¡Beata!

BEATA Yo que te he traído flores, tantas flores. ¿Ves? ¿Ves? (Al volverse para coger el ramo caído, descubre a su salvaje amiga y la reconoce.) ¡Oh, la Sirenetta! ¿Está allá? (La Sire-

netta está allá, delante de los cristales, derecha, en pie, mudo testimonio, con los ojos fijos en la madre dolorosa. Como el soplo alterado del viento pasa por entre las ojas de un arbusto y las hace temblar, así el dolor de la madre parece investir y penetrar aquel ágil cuerpo, al cual el sol oblicuo ciñe sus bandas de oro.)

BEATA ¿Ves cuántas? Todas son para ti. (La pequeña recoge su ramo.) ¡Toma! (Lo arroja hacia la madre, que retrocede.)

SILVIA ¡Beata! ¡Beata!

BEATA ¿No las quieres? ¡Cógeme! ¡Súbeme! ¡Un abrazo!

SILVIA ¡Beata! (Cae de rodillas vencida del dolor, abatida como por un golpe muy fuerte, ante la hija apenada, y un raudal de llanto que mana de sus ojos como la sangre de una herida le inunda la faz.)

BEATA ¿Lloras? ¿Lloras? (Dolorida, se arroja contra el seno de la madre, con todas sus flores. La Sirenetta, caída también de rodillas, se inclina, y toca con la frente y con las palmas extendidas la tierra.)

TELÓN

FIN DE LA OBRA

E. ROIG PLANAS

Precio: DOS pesetas